

Lunes de Revolución

director: guiller
sub-director: pab
director artístico
número 108, año

la CALAVERA y la FLOR



POR LISANDRO OTERO

LA AFIRMACION NEGATIVA de la muerte tiene alientos de fervor místico en la Edad Media en que todo devenir humano es tránsito hacia una vida superior y ultraterrena. El flagelo es símbolo de ese martirio de los sentidos que se impone como negación de la vivencia presente y exaltación del Walhalla o el Paraíso; una forma ideal de vida a cuya consecución se dirige todo el esfuerzo humano. El Renacimiento significa una ruptura en el tiempo porque empieza a perderse el respeto a la Utopía celeste y se ve la muerte más como término que como pórtico, esa afirmación gozosa de los sentidos determina en el Renacimiento la incorporación de la muerte a la vida y convivencia es familiaridad mientras que distancia es incomprensión. Así entendemos mejor a Jorge Manrique cuando dice:

No tardes, Muerte, que muero;
ven, porque viva contigo;
quiéreme, pues que te quiero,
que con tu venida espero
no tener guerra conmigo...

con lo cual se invita a la muerte a incorpo-



rarse a la vida: "ven, porque viva contigo" y nos resultan incomprensibles los versos a la muerte de Helinant de Froidmont que en el año de 1197 proclamaba en Francia que la muerte daba al pobre lo que ha perdido y quitaba al rico lo que había tomado, que hacía del siervo un hombre libre, rendía justicia a todos y revelaba los secretos:

Mort fait service a tous egalement,
Mort revele tous les secrets,
Mort fait d'un serf un homme libre...

LOS CONQUISTADORES del Nuevo Mundo encuentran una cultura que se inclina en homenaje a la muerte, así en Tenochtitlan, capital del vasto imperio azteca, cada año se sacrificaban cincuenta mil seres humanos para que floreciera la vida. Entre Froidmont y Manrique existen notables discrepancias; para el primero la muerte es señora discreta que premia la virtud, para el segundo la muerte es una furia que arrebata los gozos de la vida:

Los placeres y dulzores
de esta vida trabajada
que tenemos,
no son sino corredores,
y la muerte, la celada
en que caemos...

¿Y qué hacer con esta trampa sino escarnecerla incorporándola a la vida? Moctezuma —Helinant de Froidmont es término de un espejismo, Hernán Cortés— Manrique es el comienzo de una afirmación.

La necrofilia azteca dejó siempre en el indígena este regusto por la muerte y cada estallido político ha significado en México una marea de sangre. En las guerras de independencia los indígenas se lanzaban con piedras contra mosquetes, a una orden de Hidalgo o de Allende, y no creemos que tuviesen muy definida la idea de patria: sólo los empujaba su miseria y el desprecio a la muerte heredado de sus antepasados.

La revolución de 1910 dejó un millón de cadáveres en un país que contaba en el decenio de la violencia máxima entre doce y quince millones de habitantes. La proporción de la mortandad supera las cifras de cualquiera otra guerra conocida. Por eso para el mexicano la muerte es algo familiar, cotidiano, algo con lo que se vive. Esta familiaridad, sin embargo, no implica una aceptación. El mexicano se ha visto forzado a convivir con la muerte por su abrumadora presencia pero no se ha identificado con ella. México, como país inmensamente rico y poseedor del metal amarillo, meta de los conquistadores, fue manjar de buitres y su pueblo se ha visto obligado a realizar guerras y revoluciones para liberarse. Los *meshicas*, cercados en su laguna, conquistaban con la guerra tierra firme para sembrar; Hidalgo y los suyos luchaban por liberarse de la explotación colonial; Juárez combatió contra la voracidad imperialista europea y la oligarquía local; Madero llevó a cabo su cruzada en nombre de la democracia y el pueblo le secundó para acabar con el feudalismo. Puede verse con claridad cómo la voracidad de los explotadores provoca la defensa de los explotados y la muerte siempre está presente en el proceso.

PRESENTIR LA MUERTE como un fenómeno inmediato, cercano, que se puede palpar y ver, provoca un sentimiento ambivalente: por una parte se crea el hábito, por otra crece la irritación contra la inevitabilidad. En ningún caso se la acepta; la invitamos a sentarse junto a nosotros por tradición, no por afición, pero al mismo tiempo la detestamos. El mexicano, en este doble proceso de convivencia y repulsión, convierte su hábito en reto, en desafío. Tutea a la muerte pero la insulta. Los alardes viriles en las formas más primitivas del ser mexicano son una provocación a la muerte que denota el antagonismo existente. El *machismo* es venganza contra lo inevitable. Otra forma de la revancha es el sarcasmo. Sabe-

mos que el sarcasmo es humor grotesco, ironía sin sensibilidad; el mexicano se burla de la muerte, pero cree en su irremediable trascendencia.

Las dos formas de nivelación, las recetas contra la irritación que provoca la muerte son pues, el *machismo* y el sarcasmo y su corporización el charro con pistolas y las innumerables máscaras macabras: el "macho de Jalisco" y las formas de paja, barro, cartón y dulce, producto de la artesanía popular, que representan calaveras y esqueletos.

Octavio Paz en su "Laberinto de la Soledad", ve la muerte en el mexicano como una sonrisa desdeñosa, un silencio, un alzar de hombros; concluyendo: "Oscilamos entre la entrega y la reserva, entre el grito y el silencio, entre la fiesta y el velorio, sin entregarnos jamás. Nuestra impasibilidad recubre la vida con la máscara de la muerte... Por ambos caminos el mexicano se cierra al mundo: a la vida y a la muerte".

Ciertamente está planteada en el mexicano una disyuntiva entre el hermetismo y la comunicación cuyos polos son el silencio y el grito. Pero el hermetismo ha sido impuesto por el misterio de la naturaleza que fomentaba en el azteca el temor supersticioso, el culto al "pathos", a la voluntad de los dioses; ha sido impuesto por la carnicería de la conquista y el filisteísmo de los mercaderes coloniales; ha sido impuesto por la rapacidad del feudalismo, la gula de la burguesía y el expansionismo imperialista. El mexicano, el hombre, es naturalmente propenso a la comunicación, quiere habitar su mundo, romper los cerrojos que se lo enajenan. El grito en el mexicano, la rebeldía, ha sido la respuesta a la opresión que se le ha impuesto. La historia de México es una sucesión de gritos contra silencios. Ese es el error de Octavio Paz: el mexicano no se cierra al mundo ni a la vida, trata de conquistarlos, de hacerlos suyos, pero las fuerzas oligárquicas provocan el choque, y la frecuencia de la muerte es su inevitable consecuencia. La máscara macabra es una venganza de la vida contra la muerte, nunca es evasión ni aceptación. La muerte trasciende en el mexicano como un hecho objetivo; no se ha subjetivizado hasta formar parte de su ser. Por eso el mexicano, que la ve extranjera, tiene que asaetear, golpear, blasfemar, desafiar a la muerte por la muerte misma. Emilio Uranga en su "Idea Mexicana de la Muerte" afirma que: "Si no creemos que la vida tenga que "plenificarse", la muerte no nos aparece como injusta", y más adelante: "El temor a la muerte expresa el miedo de morir antes de haber agotado las experiencias de la vida". Esto no explica el pánico senil ante el absoluto, cuando se han consumido todas las posibilidades y aún se desea seguir viviendo. No. El mexicano que no ha agotado su posibilidad en un mundo enajenado, no teme a la muerte porque le ha visto el rostro muchas veces en su lucha por "agotar las experiencias de la vida". El mexicano sí cree en una vida más plena y sus frecuentes revoluciones lo demuestran y no por ello estima que la muerte es justa. Su rebelión contra la muerte se manifiesta claramente en la blasfemia y en la burla, en el alarde de valor y en las formas miméticas de arte popular. Dice Uranga: "para el mexicano (la muerte) ni quita ni da, porque nada hay que quitar, ni nada que dar". Si la vida no tuviese nada que dar no enfrentaría cíclicamente el mexicano a la muerte, porque no tiene nada que pueda quitársele, excepto la vida. El tránsito de la vida hacia la muerte tiene en México el mejor de los caldos de cultivo y a la vez el más incómodo de los asientos. La muerte tiene que pagar con el escarnio su gobierno de la sensibilidad mexicana.

EN LOS GRABADOS de José Guadalupe Posada, Goya mexicano, flota un airecillo burlón de muerte que humaniza sus calaveras caricaturizando sus rasgos. En la casa de la pintora Frida Khalo se olfatea lo siniestro; la obsesión de la muerte, resultante de años agónicos, provocaba una catarsis en su medio ambiente, que le permitía, liberada, continuar existiendo como la criatura vital y poética que era. En las momias del cementerio de Guanajuato, detenidas en el tiempo con el rictus grotesco de protesta final ante la nada, está presente esa aceptación irreverente de la muerte. Son formas concretas de la convivencia mexicana con el último vacío. Pero en México existen dos polos de una misma verdad. Si por una parte sentimos como una constante la presencia macabra, por otra hay un regusto de forma, color y línea que se expresa como una afirmación de la vida. El nopal hermético está compensado por la flor que se entrega; si la serpiente repta, el águila vuela; los huecos profundos de la calavera son neutralizados por la pluma teñida de color; la estéril aridez de la tierra se transfigura en la policromía del barro cocido, y todo es símbolo de México: águila y serpiente, pluma y nopal, color y tierra, calavera y flor: las Parcas comparten su trono con Xochipilli.

El mundo mexicano oscila entre esta presencia grácil de la fiesta y el profundo ascetismo indígena. Los tonos oscuros de este gran fresco están dados por la familiaridad macabra, los tintes claros los aporta la artesanía popular.

Elemento primordial en todo arte primitivo es la recreación de una circunstancia, de un ambiente. El hombre, gran ombligo del inmenso vientre de sí mismo, se ve, se refleja y exalta el medio físico que le rodea. Por eso en estas figuras de barro vemos siempre al hombre como su propio tema; desde el placer sexual hasta la serena vida interior se plasman en la materia dócil de la arcilla y en repetidas ocasiones con cierto sentido crítico: obesidades y narizotas no escapan a la gran feria estática.

La reproducción de este clima vital del hombre primitivo encuentra un obstáculo en el manejo de los materiales y determina la creación de formas sencillas. Hay elongaciones y achatamientos que no pueden ser la resultante de una simple dificultad mecánica y queremos atribuirlas más bien a la imaginación del artista. El indio no modela el barro de esa manera sólo porque desconoce el torno del alfarero: hay en él un intento de modificar la naturaleza o de expresarla a su modo. Esta simplificación de la forma puede adoptar dos variantes: se acentúa su contacto con la realidad o se aleja de ella; naturalismo crudo o evasión idealizada. En ambos casos es una reproducción que elimina detalles y crea semejanzas a base de volúmenes y líneas fundamentales. Ya sea deformación o estilización, poético o grotesco, el tema fundamental es el hombre y el mundo material que le rodea: perro, casa, árbol.

A veces el hombre primitivo encuentra demasiado estrecho el marco de la naturaleza, la geografía es limitada y la imaginación no lo es; acude entonces a recursos decorativos como elementos de su arte. La abstracción de entidades del mundo vegetal o animal y la repetición de formas geométricas, proporcionan la base de tejidos y cenefas. Viendo aisladamente algunas formas decorativas del arte americano prehispánico se comprende por qué el barroco y su degeneración, (Churriguera), tuvieron tanto apogeo en las regiones de América donde existieron fuertes culturas indígenas.

El azteca es un hombre equilibrado. La Danza de los Viejitos de Michoacán es una forma teatral menor en la que se intentó con éxito una caricatura de los gestos del conquistador español, que al mexicano primitivo le parecían ridículos y exagerados. La estabilidad esencial de sus actos, la armonía de sus gestos, no está en proporción a la desmesura del color en los tejidos. Es posible que el primitivo americano usara sus telares como medio de expresión emocional. En el rojo violento, el lila tierno o el amarillo alegre, existe una catarsis de todo aquello que no encuentra vía a través del acto cotidiano. La tela en vestiduras y adornos se incendia en una gama de gritos cromáticos que no tienen lugar en los ocres y sienas moderados de la alfarería. Es posible también que el color vegetal con el que se teñía la fibra fuese muy distinto en procedencia e intensidad al de los pinceles destinados al barro. El hecho evidente es que para el mexicano el barro es medio de reproducción, y la tela, una forma de alivio.

Por otra parte tenemos en la *menagerie* azteca estos pequeños monstruos telúricos, plagados de horror en sus facciones, destinados a inspirar temor y hacer respetar el código ético de los dioses. Ante la ausencia de explicaciones a los fenómenos naturales el hombre recurre a la creación de mitos y supersticiones para alcanzar su seguridad. Con ellos va poblando la nada y del rayo y la tempestad surge lo terrible. Estos ídolos de piedra o madera, con muecas congeladas, son la consecuencia de aquellas interrogaciones.

De las formas de expresión prehispánicas a la artesanía popular de hoy existe un salto que no implica necesariamente una ruptura. La tradición se mantiene con modificaciones. La elegante cerámica de Tlaquepaque, en Jalisco, con su delicado azul y su naranja vigoroso y sus volumenes balanceados, está distante de las negras figuras de proporcionada deformidad que se cocinan en Oaxaca. Tampoco hay relación entre las sobriedades de púrpura y de tierra de los barros de Toluca con el chillón colorido de los caballos encabritados, las sirenas abigarradas y los leones antropomorfos de Metepec. En todas estas formas existe una belleza que hay que apreciar aplicando un diferente patrón estético. Cualquier rigidez en la asimilación puede hacer que se guste de la obra de Tlaquepaque y se deteste a Metepec o viceversa, porque son formas extremas.

En resumen, vemos que en el arte primitivo el hombre se reproduce junto a su circunstancia, a veces en fiel figuración y en ocasiones con sentido crítico; en la creación abandona el contacto exacto con la realidad por su escaso dominio mecánico con el material y por la imaginación que quiere desasirse de moldes y en este abandono se evade en la estilización o se deforma en lo grotesco. Vemos también que el color es catarsis del indígena estable y que el rayo y el mito son causa y efecto.

En esta artesanía popular que puebla las calles de México está la antítesis de la presencia macabra. Y porque fiesta y velorio están entrelazados y los huesos y la pólvora son parte de una misma realidad, en la calavera y la flor está la esencia ambivalente del maravilloso mundo mexicano.

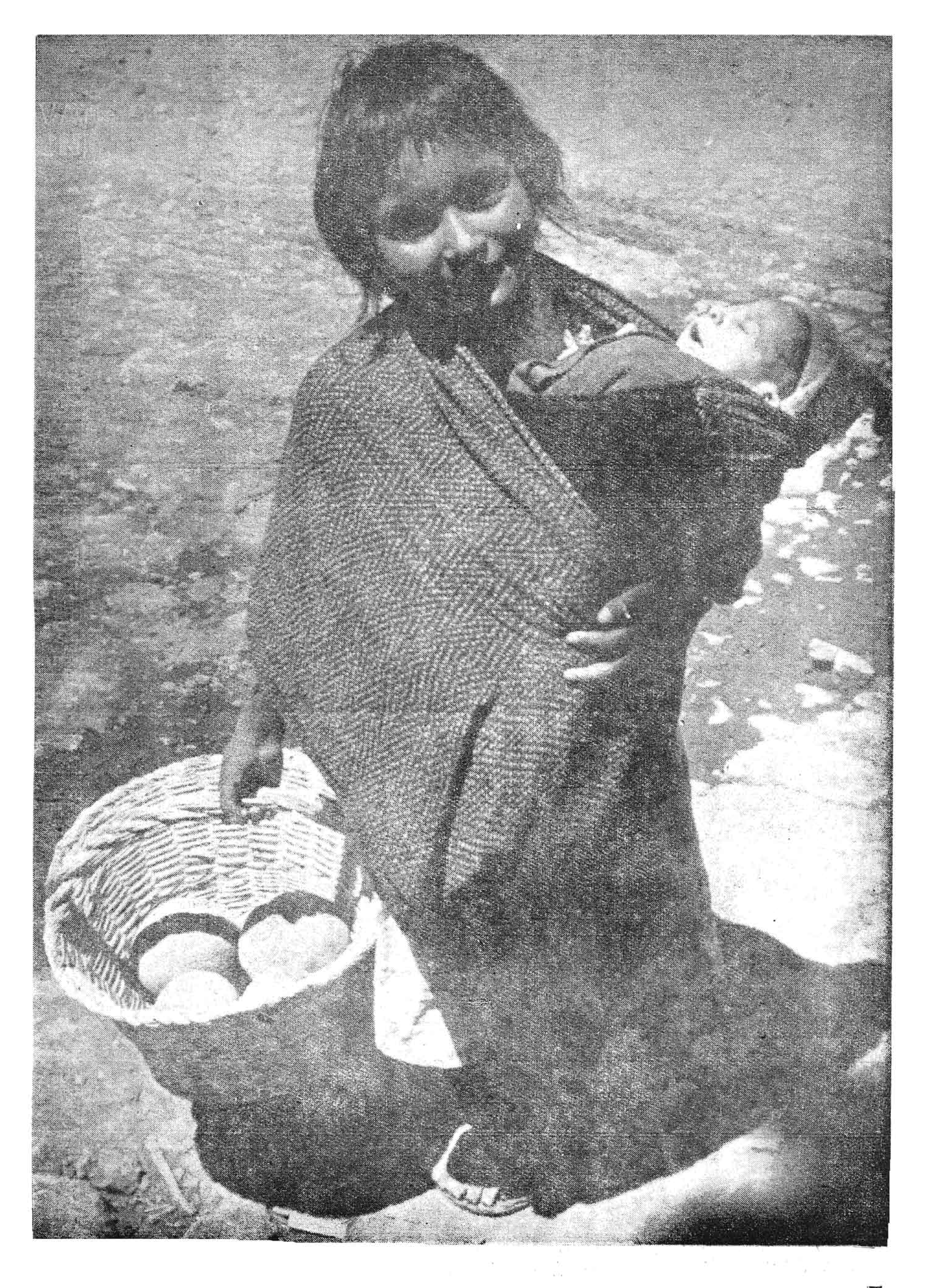
La Habana, Marzo de 1961.







Grabados de José Guadalupe Posada, foto de Oswaldo Salas.



POR CESAR LEANTE

TRAS LOS

De regreso del Salto, por el camino, me entero que en la comandancia de Río Negro hay ocho alzados detenidos. Inmediatamente siento prisa por llegar y les digo a Raúl y a Luis que apresuren las mulas cargadas de víveres que llevamos para nuestra posta de las lomas. Quiero verlos y, si es posible, hablar con ellos. Son los primeros alzados con quienes voy a toparme en casi quince días.

No son ocho sino seis y están repartidos en dos bohíos. Merodeo en torno, pregunto cómo fueron atrapados, los observo de reojo desde afuera. Están como agazapados, sentados en cajones con las rodillas cruzadas, silenciosos y mirando inquietos a su alrededor. El capitán Curbelo, ancha cara, barba rizada, ademán decidido y enérgico, sin teatralismo, arriba en un jeep. Lo abordo y esgrimiendo mi pequeña historia de periodista, le pido permiso para hablar con ellos. Curbelo vacila:

—No quieren hablar —me dice.

Insisto y al fin accede. Me instalo frente a ellos, papel y lápiz —una pluma es aquí artículo de lujo— en mano, aunque en realidad siento más curiosidad por hablar con ellos que en realizar una entrevista periodística. Busco saber quiénes son, en qué trabajan, por qué se han "alzado" contra la Revolución.

Maurín, teniente de milicias, anda por el bajareque con su negro pecho descubierto, sonriendo con sus dos dientes de oro. A él se le han entregado dos de los alzados. Los milicianos los cuidan con aparente indiferencia.

Los dos con quienes hablo primero son primos del Congo Pacheco —uno de los cabecillas de los alzados. Luciano y Reulogio se llaman y uno tiene 19 años y el otro 27. Luciano, el más joven, es alto, flaco, sus ojos grandes y azules —característica principal de la larga familia de Pacheco. Mira con recelo, la cabeza baja. Su cara angular remata en una puntiaguda mandíbula en la que apunta un esbozo de barba; un ancho y retorcido sombrero de fieltro cubre su cabeza de crecido y espeso pelo castaño. Viste abrigo negro, roto en los hombros anchos, pantalón oscuro, sucio, y botas con hebilla, ya viejas. En general, su aspecto recuerda el de una ave de rapiña, y esto no es una metáfora. Es así.

Reulogio, por el contrario, no produce ninguna impresión repelente. Es más bien bajo, de pobre constitución, tupida barba y pelo revuelto. Sus ojos inyectados en sangre delatan las largas horas que lleva sin dormir. Habla mucho y miente más.

Los dos son campesinos de aquí, del Escambray, de las lomas del Saltadero. Fueron atrapados en una cueva:

—Los milicianos se pararon frente a la cueva —cuenta Reulogio— y nosotros les dijimos que aguantaran y los milicianos nos dijeron que saliéramos con las manos en alto y nosotros salimos con las manos en alto.

Tienen aspecto de haber estado algunos días sin comer o comiendo muy poco y en sus semblantes se refleja el temor de los acosados, especialmente un anciano, que apenas dice palabra.

—¿Por qué se alzaron?

No, ellos no eran alzados. Son inocentes. El Congo llegó hace mes y pico a sus casas y les dijo que se escondieran, que las milicias querían matarlos. Ellos lo hicieron y estuvieron ocultándose por las lomas del Saltadero, tratando de evadir a los milicianos, hasta que buscaron refugio en la cueva. Estaban allí desde hacía nueve días. No, no andaban armados.

Es inútil intentar sacarles la verdad. Son astutos y no caen en contradicciones. Me levanto y salgo del bohío, al sol.

Los otros cuatro están en un largo vara-en-tierra que sirve de almacén de víveres a la jefatura del Batallón 117.

Me encuentro con otro primo del mentado Congo: Romualdo Pacheco. Parece un conejo con su rosada cara triangular y sus redondos ojos azules. Lo toca un ridículo sombrerito de pajilla por el que asoman unas largas y anchas patillas negras. Está cuidadosamente afeitado y viste jacket de cuadros de colores, camisa también de rayas de colores y llaman la atención sus zapatos carmelitas, de ciudad, atados con cordones negros. Es la viva estampa de un campesino vestido para ir de paseo al pueblo.

Su relato mueve a risa: estaba escondido en un hueco que había abierto en el cuarto de su casa. La cama estaba encima y lo disimulaba. Pero, además, sobre el hueco había una tabla con tierra, de tal modo que sólo quedaba una pequeña abertura por la que su esposa le alcanzaba los alimentos. Permanecía en el hoyo durante todo el día, pero por la noche salía y dormía en la cama —dice él. Los milicianos rondaban los alrededores de la casa y hasta una que otra vez estuvieron dentro, pero no lo descubrieron. Así estuvo cinco días.

—Salí porque tenía vergüenza de estar metido en el hoyo. Yo no había hecho nada. No tenía por qué estar bajo tierra, como un muerto enterrado.

Esto dice él, pero en realidad salió porque le faltaba el aire en el hueco y se ahogaba. Además, no podía pararse: tenía que estar acuclillado todo el tiempo.

¿Su historia de alzado?

—Hace cosa de unos dos meses Mingo Morales —otro cabecilla— estuvo en mi casa con unos treinta hombres y me dijo que tenía que irme para el monte si quería salvar la vida.

Estuvo un tiempo con la tropa de Mingo Morales.

—Pero yo sólo los servía de práctico —agrega rápidamente.

Le pregunto qué argumentos usaban los alzados para ganar secuaces:

—Pues decían que los americanos iban a venir y que Fidel se iba a caer porque esto era comunismo y los americanos no querían a los comunistas.

No es difícil adivinar el trasfondo turbio de estas palabras: en efecto, los cabecillas de estos alzados —delincuentes comunes en su mayoría, cuya historia es tema de crónica aparte— conseguían adeptos apelando al fantasma del comunismo. Pero ello no era sino un pretexto en el cual ni los propios alzados creían. El móvil era otro, que los prisioneros no confiesan: el ofrecimiento, por parte de los jefes —lacayos de los terratenientes, a su vez lacayos del imperialismo— de dinero, tierras y "puestos" cuando la Revolución fuera derrocada. Para esto confiaban en la invasión yanqui, no en sus fuerzas. Ellos, los alzados, estarían sólo un tiempo, corto, paseándose por las lomas, aterrorizando a los campesinos, matando a alguno, y comiendo vacas. Tirarían uno que otro tiro, pero sólo para demostrar que eran alzados. Luego, cuando los americanos hubieran desembarcado y destruido la Revolución, bajarían a recibir la recompensa por sus hazañas bélicas. Ya habían hecho méritos en las lomas.

Sigo con Romualdo Pacheco:

—Mingo andaba con bastantes hombres, pero la milicia los sorprendió en Manantiales y le mató a varios. Yo me separé de él después de ese encuentro y fuí a esconderme a mi casa. No tenía delito.

Me vuelvo hacia otro detenido que está a su lado: rostro cuadrado y cetrino, ojos pardos, manos anchas. Su barba está recién rasurada y sus ropas limpias y planchadas. Se llama Francisco Fernández y es de Charco Azul. Parece un honrado padre de familia.

—¿Por qué está detenido?

Se encoge de hombros tímidamente, esboza una sonrisa de desconocimiento y añade que no lo sabe.

—¿Dónde lo detuvieron?

Ahora habla con soltura:

—No me detuvieron. Yo mismo me presenté. La gente del Látigo (uno más en la lista de "jefes" delincuentes) me tenía prisionero, pero después del combate que tuvieron con la milicia en la Lima, me escapé. Yo y mi hijo.

Me señala a un muchachito que está acurrucado a su derecha.

—¿Es su hijo?

—Sí.

—¿Cuántos tiene?

—Cuatro. Este es el mayor.

—¿Qué edad tiene?

—16.

Parece más joven. Su cuerpo es esmirriado, como una planta raquítica; cabeza triangular de abundante pelo rizado, ojos pequeños y algo estrábicos, labios tan finos que apenas se ven. Recuerda, literalmente, a un asustado ratón gris, y da una impresión tan absoluta de torpeza que me pregunto si sabrá hablar. Paradójicamente se llama Rey.

—¿Qué pasó después del combate de la Lima?

—Que me escapé.

—¿Adónde?

—A casa de un familiar que tengo aquí detrás de Jibacoa. Allí me cambié de ropas y después él me trajo hasta la comandancia, donde me presenté a la milicia.

Trato de sorprenderlo. Le pregunto rápidamente.

—¿Dónde dejó el arma?

—Yo no tenía arma. Yo estaba preso —no cae en la trampa.

—¿Qué tiempo llevaba con El Látigo?

—¿Cómo preso?

Tengo que afirmar.

—Como unos dos meses.

—¿En qué forma lo hizo prisionero?

—Bueno, un día llegó a mi casa como con unos cincuenta alzados, y me dijo que tenía que prepararles comida. Yo qué iba a hacer. Ellos eran muchos y estaban armados...

—¿Todos estaban armados? —lo interrumpo.

—No, había como unos diez desarmados.

—¿Qué armas llevaban los que estaban armados?

Finge no recordar, no saber.

—Creo que unos rifles que les llaman Springfields... Yo no sé de armas. Yo siempre he sido un hombre pacífico, que he vivido de mi trabajo.

—¿Y Garands? ¿Llevaban también Garands?

Extrañamente su rostro se ilumina:

—Sí, también.

—Sígame contando cómo lo hizo prisionero El Látigo.

—Bueno, lo de la comida ocurrió por el día, a eso de las once. Luego volvió por la noche y me dijo que mi hijo Rey y yo teníamos que irnos con él, que si no, nos mataba.

—Y usted, claro, se fue con él...

—¿Qué iba a hacer...?

—Por lo menos no haber llevado a su hijo —le digo dura y rápidamente.

Me mira sorprendido. Cambio de tema para no darle tiempo a pensar en mi acusación:

—¿Para dónde los llevaron después que los detuvieron?

La misma vacilación:

—Bueno, para unas lomas que están para allá...

—¿Cómo se llaman esas lomas?

—No sé... Creo que le dicen Cuevitas...

—¿Usted es del Escambray?

—Sí, nacido y criado en Charco Azul. Aquí he vivido toda mi vida.

—¿Y habiendo vivido aquí toda su vida, no recuerda el nombre del lugar adónde lo llevaron?

—Es que yo no soy de en vuelta de ese sitio. Nunca he andado por allí... —tartamudea.

—¿De Cuevitas para qué otro lugar fueron? ¿Por qué otros lugares anduvieron?

De nuevo una amnesia casi total:

—Bueno, por esas lomas de allí atrás...

No insisto.

"ALZADOS"



El autor de este trabajo, nuestro compañero César Leante, con el teniente Maurell, jefe de la segunda compañía del batallón 117, y otros milicianos de la misma compañía, en un lugar del Escambray

—¿Qué hacían?

—Caminar. Siempre estaban caminando, saltando de una loma a otra...

—¿De noche?

—De noche y de día cuando no había peligro.

—¿Qué comían?

—Lo que encontraban: malanga, plátanos...

—¿No bajaban a las casas de los campesinos a exigirles por la fuerza que les dieran alimentos?

—Sí, ellos a veces lo hacían, pero últimamente no, porque todas las casas estaban ocupadas por la milicia.

—¿Qué planes tenían? ¿Qué operaciones pensaban realizar?

—No sé.

—¿No lo decían? ¿No lo hablaban?

—Sí, pero entre ellos. A nosotros no nos decían nada. Eramos presos.

—¿Pero usted no los oyó hablar alguna vez? ¿No los oyó decir, por ejemplo, que este gobierno era comunista que los americanos lo iban a tumbar?

—Sí, eso sí oí decir...

—¿Y qué puesto le iban a dar a usted cuando eso ocurriera?

—¿A mí?

—Sí, porque supongo que todos pensaban coger puestos, o grados en el ejército...

—Ellos sí, pero yo no...

—¿No le dijeron que le iban a dar más tierras?

Increíblemente se queda callado. Por primera vez no niega. Parece que esa fue la pregunta que más le tentó.

—¿Cuántos combates tuvieron con la milicia?

—Uno solo: el de la Lima.

—¿Fue allí donde mataron al Látigo?

—No sé, porque ya ellos no estaban con el Látigo.

—¿Por qué no?

—Se habían separado. El Látigo se había ido con unos 25 y los demás con otro jefe.

—¿Cómo se llamaba ese otro jefe?

Otra vez la memoria le falla terriblemente. Mira a los lados, arriba... Finalmente:

—Me parece que ellos le decían Edel.

—¿Edel qué? ¿Cuál era su apellido?

—Eso sí que no lo sé.

—¿Por qué se entregó? —No aguardo a que me responda y añado: ¿Es que estaba desesperado de andar por esas lomas, perseguido, hambriento?

Y por vez primera una respuesta sincera. La voz le tiembla, los ojos se le humedecen:

—Sí, desesperado... no podía más.

Sólo estas dos frases. Pero en ellas se resume semanas de acoso, de hambre, de frío, de destrozo físico y moral: la dura lección de alzarse contra un pueblo.

—¿Había muchos como usted, que quisieran entregarse?

—Sí, pero los jefes los amenazan con matarlos si se presentan. Otros dicen que no se entregan sino muertos.

—¿Los jefes?

—Los jefes y otros que están muy comprometidos.

La entrevista toca a su fin. Siento una quemante irritación por todas las patrañas que he tenido que escuchar pacientemente y con fingida atención. Me pongo en pie para retirarme cuando un miliciano me toca por el brazo y me pregunta:

—¿No va a interrogar a ése?

Me señala a alguien que está a mi espalda. Me vuelvo y es como si recibiera un golpe. Ante mi vista tengo a un muchacho que luce no tener más de doce años y cuyo dulce semblante es la imagen de la más pura ingenuidad: un rostro de ángel: mejillas rosadas, labios rojos, ojos azules, bellísimo y revuelto pelo castaño que le da la apariencia de un chico travieso. No puedo evitar exclamar:

—¿Pero esto es un alzado?

El niño —no se le puede nombrar de otra manera— sonrió y fue aun más niño. Le faltaban casi todos los dientes del maxilar superior. Me arrodillé frente a él. No sentía el menor deseo de interrogarlo, sino únicamente un asombro que quise convertir en palabras. Le pregunté cómo se llamaba:

—Delfín Pacheco.

Era igualmente primo del consabido Congo y hermano de Romualdo, el otro detenido. Con él se había ocultado también en el hueco de la casa. ¿Qué había hecho? Nada. La trillada historia: el Congo había llegado a su casa y le había recomendado que se escondiera. El lo había hecho, primero en el monte, después en el hoyo. Miraba constantemente a su hermano Romualdo, como consultándole con la vista las respuestas. Aquél tosía o le hacía alguna seña que yo no me preocupaba en lo más mínimo por descubrir. No tenía el menor deseo de ejercer oficio de investigador en este niño. Pregunté simplemente, como al niño que era:

—¿Sabes leer y escribir?

—No.

—¿No has ido a la escuela?

—Sí. Un año.

—¿Y en un año no aprendiste a leer y a escribir?

—Es que yo soy muy bruto —volvió a sonreír, amplia, infantilmente, con su boca medio desdentada, pero de labios de querubín.

Me levanté y le revolví el pelo. Salí. Afuera el áspero sol del mediodía caía sobre camisas milicianas y armas. Estaba triste y un rencor sordo me hervía en la sangre. Rencor contra esa canalla de lacayos, de explotadores latifundistas y del imperialismo como el Congo Pacheco, El Látigo, Mingo Morales, que en su estúpida y ruin ambición habían llevado a niños como Delfín a querer destruir el mundo, el hermoso mundo que la Revolución estaba construyendo para ellos.

JULIO CHACON

Fue en casa de... donde oí que en un pequeño monte que hay debajo de la casa de Julio Chacón habían sido vistos dos alzados. Me sorprendió. No podía creer que Chacón protegiese a los contrarrevolucionarios.

El teniente Maurell nos llamó y nos dijo que había que vigilar su casa (la de Chacón). La escuadra fue dividida. Tres quedaron cuidando la casa de Luis y cuatro partimos esa noche hacia una choza abandonada que había a poca distancia de la casa de Chacón. Ese sería nuestro puesto de observación. Desde allí vigilaríamos el bohío de Chacón.

Ya había caído la noche cuando emprendimos el camino. La oscuridad era total. No se veía a un metro de distancia. Tuve que encender la linterna para alumbrarnos, pero aún así andábamos tropezando a cada momento por el curvo trillo. Ramill, que parece hablar sin mover la boca, pedía continuamente que dirigiera el haz de luz hacia la retaguardia, donde él se encontraba. Ibamos burlándonos un poco de los apuros de Ramill cuando de pronto yo tropecé con un tronco y en menos de un segundo me sentí rodando pendiente abajo por un derriscadero. Por suerte no era muy perpendicular y yo sólo rodé unos metros. Tuvieron que ayudarme a salir tendiéndome la culata de un Fal. Tenía las manos peladas y unas cuantas magulladuras por el cuerpo. Pasado el susto, mi caída fue objeto de risas y burlas.

Había un fuerte viento que chocaba con los árboles o se desgarraba en los riscos y su sonido era impresionante. Cuando llegamos a nuestro destino, los cuatro nos sentimos algo sobrecogidos. La choza estaba allí, en lo alto de un peñasco, solitaria, como una torva masa de sombras. La puerta de entrada estaba abierta y el viento la hacía chocar contra la pared. La imagen de esas casas embrujadas que habíamos visto en el cine o en las tiras cómicas en nuestra niñez, inmediatamente nos vino a la mente. Por largos segundos nos quedamos allí, inmóviles, mirando la choza sin decir palabra. Luego yo, en un gesto instintivo de defensa, dirigí la luz de la linterna hacia la casa. Lo hice con el objeto de que si había alguien dentro nos viese y escapase. Era una tontería, pues si había alguien dentro, la luz de la linterna nos delataría haciendo que fuésemos fácil blanco de sus disparos. Pero el temor hace cometer muchas tonterías.

No había nadie. Entramos. La luz de la linterna iluminó trozos de paredes de yagua, una mesa, la cocina renegrida... Recorrimos la escasa extensión de la choza. Llegamos al cuarto: una cama de hierro con una colchoneta, una repisa con infini-

dad de objetos en cajas de cartón... Descubrimos una chismosa. La encendimos, pero se apagó en seguida, pues el depósito de luz brillante estaba vacío. Nos dimos a la tarea de ver si entre las tantas cosas que había en la casa, habría ese combustible. Tras mucho buscar, al fin, en una esquina del cuarto, sobre el suelo de tierra, encontramos una botella que al destaparla resultó contener luz brillante.

Fue una gran alegría para todos, y cuando la amarilla luz de la chismosa iluminó la estancia, una tibia sensación de seguridad nos invadió. No obstante, el aire de casa siniestra de la choza aún persistía. La luz dejaba ver paredes de las que pendían herraduras recubiertas de papel dorado, ropas polvorientas, un opaco espejo, envolturas de pastillas de jabón dobladas y clavadas a la pared semejando extrañas flores...

Distribuí las guardias. Ramill y Armando cubrirían las primeras horas, uno a la puerta del frente y otro en la del fondo. Como no teníamos reloj y éramos sólo cuatro, acordamos velar el mayor tiempo posible, hasta que sintiéramos que el sueño nos vencía. El viento seguía batiendo con su quejoso sonido, pero calzamos la puerta por fuera, con un palo, para que no golpeara más.

Nos acostamos en la cama de hierro, Raúl y yo. Dejé la chismosa encendida un rato más —el aire, de vez en cuando, doblaba su llama adelgazándola hasta amenazar apagarla. Parece un recurso literario el efecto que produce la luz amarilla; pero no es así. Esa luz gruesa, oscilante, que no logra sino abrir una brecha de confusa claridad, causa un estado de ánimo especial, de inseguridad y pobreza.

Estuve un rato con las manos bajo la cabeza, mirando el techo ennegrecido, las paredes con sus extraños adornos, machetes inservibles en las ranuras de las tablas, botellas en una esquina, la tablita saliente donde se asentaba la chismosa, la pequeña y repleta repisa... Y de pronto todo aquello cobró significación para mí: era el rastro de la vida. Sí, aquellos objetos pobres y viejos habían acompañado la existencia de los seres que habían morado en esta choza; habían hecho más llevadera su solitaria y precaria vida; eran la huella de que seres humanos habían estado aquí —como nosotros ahora— en las noches oscuras y ventosas, y en los días luminosos, y en las tardes de niebla. No era un museo de menudencias tristes e inservibles, sino el rastro de la vida. Sentí el abandono de la casa como un peso sobre el corazón. Y me pregunté qué habría llevado a sus dueños a abandonarla, dejando tras sí todo cuanto debían poseer. ¿Sería el miedo a los contrarrevolucionarios alzados o la desesperada huída hacia una vida más soportable que ésta?

Minutos después apagué la chismosa. Desde las sombras, junto a la puerta de la cocina, me llegó la voz de Ramill:

—Eh, ¿vas a apagar la luz?

Le contesté que sí. Era evidente que estaba atemorizado. ¿Quién no?

Pero nada ocurrió esa noche. Dos veces nos tocó hacer guardia a Raúl y a mí. Había salido la luna. Me moví por una especie de alero frontal de la choza y luego por el secadero de café, a un costado, para espiar la casa de Chacón. Pero no se veía bien desde allí. En un alarde de falsa valentía, para vengarme del temor que había sentido al llegar a la choza, cuando por miedo la iluminé con la linterna, le dije a Raúl que debíamos acercarnos a la casa de Chacón, ya que desde donde estábamos no se divisaba bien. Caminamos bajo la luna, por un trillo sin el menor abrigo. Fue otra imprudencia, pues de haber estado alguien en las cercanías fácilmente nos habría acribillado a balazos. El orgullo puede ser tan peligroso como el miedo.

Nos apostamos a unas 30 yardas de la casa de Chacón, entre unos arbustos al borde del camino. Era una elevación y desde allí distinguíamos nítidamente el bohío, con todas sus puertas y ventanas cerradas. Montamos nuestras armas —Raúl su poderoso Fal y yo mi vibrante metralleta— y estuvimos vigilándolo por largo tiempo. Queríamos cerciorarnos de que Chacón no ayudaba, dando protección o alimentos, a los alzados. No vimos el menor trasiego de gente. Todo el tiempo que permanecimos allí, ni una ventana, ni una puerta de la casa de Chacón se abrió, ni nadie se acercó a ella. Cuando tomamos el camino de regreso, le quité el peine a mi metralleta y apreté el disparador sin balas. Era un gesto de alivio.

A la mañana siguiente, Chacón fue a la choza abandonada a llevarnos café. Raúl y yo todavía estábamos acostados en la cama de hierro, con el sueño pegado a los ojos, y hasta allí nos tendió Chacón la latica humeante. Después habló de su vida en aquel sitio, de sus penalidades como campesino montañés cultivador de café, de los años en que al término de la cosecha aún estaba endeudado a Lora, el latifundista de la región, y él tenía que entregarle el producto de su agotador trabajo sin recibir un centavo. No puedo repetir sus palabras, las hermosas y propias palabras que le oí decir aquella mañana, su bellísimo lenguaje campesino; pero esto fue, más o menos, lo que quiso decir:

—Hace once años que vivo aquí. Cuando llegué a esta estancia, todo era monte y piedras. Mis manos desmocharon la maleza y apartaron las piedras. Fue muy duro. Yo era solo. Y cuando la tierra estuvo limpia, planté la postura del café y esperé a que creciera, cuatro años para que empezara a dar. Y mis manos la atendían para que tuviera buena condición, y a los cuatro años le arranqué el primer fruto. Sentí una gran ilusión cuando vi verdear el café por primera vez y después ponerse colorado, y cuando lo arranqué y lo tuve entre mis manos y lo dejé caer en la cesta me pareció que era un chorro de sangre de mis venas.

Pero no era mío. No lo fue nunca. Tuve que vendérselo a Lora, que me quitaba la tercera, y me lo pagaba más barato y me robaba en el peso y me cobraba más caros los mandados. Yo nunca vi dinero hasta después de la Revolución. Antes siempre estaba endeudado con Lora y cuando le llevaba los quintales de café que había recogido en la cosecha, resultaba que lo que le debía era tanto o más que lo que me pagaba por mi café, y yo tenía que regresar con las manos vacías y la desesperanza en el corazón.

Luego habló con tal fervor de la Revolución como jamás había oído hablar a campesino alguno desde que llegué al Escambray. Parece que sabía que nosotros sospechábamos que él ayudaba a los contrarrevolucionarios y en su rostro franco y noble había un profundo dolor.

Sentí vergüenza de haber vigilado su casa la noche anterior.

"DEJENME SEGUIR PELEANDO"

Atardecía cuando descendieron, en larga y sinuosa fila, la empinada cuesta de la Colicambia, loma que atisba con su redondo farallón la curva de Río Negro, en el camino a Collantes. Caminaban lentamente, la fatiga en los rostros. Era un pelotón de milicianos de la compañía de morteros y zapadores del batallón 114 y al frente de ellos venía el teniente de milicias González Cazal. No era un muchacho: la crecida barba aparecía blanqueada aquí y allá, y de la cintura le colgaba la frazada, único abrigo con que protegía su delgado y nervudo cuerpo cuando se tendía a dormir en la tierra donde la noche lo sorprendía.

Se sentó en un taburete de la casa de Luis —a mitad de la falda de la loma— y cuando hubo tomado una taza de café y repuesto un tanto sus cansados músculos, contó esta historia, una de las muchas que han escrito a golpes de coraje y sacrificios los milicianos que se dieron a la tarea de erradicar de "alzados" —lacayos de terratenientes y del imperialismo— los verdes lomeríos del Escambray.

Ocurrió el pasado 5 de enero. Ese día la patrulla de reconocimiento del teniente Cazal, salió de Boquerones y avanzó hasta unirse a las tropas del comandante Olivera, aguerrido combatiente de los días duros de la Sierra Maestra y cuya estampa regordeta recuerda la de Pancho Villa. Allí, la noche antes, los alzados habían logrado infiltrarse por el cerco que les tenían tendido, evadiéndose.

Cazal y su gente regresan entonces a la carretera de Cumanayagua. En el río que corre cerca de esta vía encuentran rastros de los perseguidos: sangre en las orillas, vendas y, cerca, en una alambrada de púas, pelos humanos.

Siguiendo rastros parten hacia Quirros, diminuto caserío que mira el estrecho valle de la Siguanea, y distante unos 6 ó 7 kilómetros del lugar en que se encuentran. Es un trayecto difícil, por entre lomas y derriscaderos, y es anochecer cuando llegan a su destino.

Pero han seguido buena pista, pues en Quirros descubren que la bodega ha sido saqueada por los alzados. Están pisando sus talones. Esa noche acampan en la bodega desvalijada y al día siguiente se dan a la tarea de revisar campos y montes cercanos. Un viejo, de apellido Moya, los acompaña como práctico. Extrañamente el viejo les aconseja que no revisen un cañaveral.

—¿Quién va a esconderse en un cañaveral? —les dice. Es como meterse en una ratonera. Ahí no puede haber alzados.

No se registra el cañaveral y la búsqueda resulta baldía. No obstante, sitúan postas —patrullas de 5 ó 6 milicianos— en todas las casas.

Llega la noche. Inesperadamente el viejo Moya aparece otra vez. Va de casa en casa diciendo a los milicianos:

—De parte del teniente que en las postas sólo se queden tres o cuatro y los demás que vayan para la bodega.

Afortunadamente los milicianos no obedecen.

—Ningún teniente de milicias mandaría una orden a sus hombres con un civil —señala el teniente Cazal.

En el bohío donde está el miliciano Secundino Alvarez, dos hacen guardia a la entrada y dos al fondo. El bohío está entre una loma y el cañaveral no revisado. Es noche de luna. De repente, Secundino ve algo que le llama la atención: unas sombras blancas bajan de la loma aproximándose a la casa.

—Me parecieron carneros —comenta Secundino.

Pregunta a los campesinos del bohío si ellos tienen carneros y ante la respuesta negativa de éstos comienza a sospechar. Avisa a sus compañeros y todos se ponen en guardia. Entonces, por el fondo, divisan otras sombras blancas. Ya no tienen dudas: son alzados que avanzan hacia la casa, en un movimiento envolvente.

—Le dijimos a la familia que se tendiera en el suelo y nos preparamos para recibirlos.

Mujeres y niños pegan sus cuerpos al frío piso de tierra, aterrorizados.

Los que avanzan por el fondo se adelantan a los que se deslizan loma abajo, y súbitamente estallan los primeros disparos. Del cañaveral una ametralladora Thompson —dejada caer seguramente por algún paracaídas yanqui— tabletea su fuego de muerte. Se generaliza el tiroteo. Los milicianos se lanzan al suelo y ripostan la agresión. Las metralletas checas comienzan a funcionar y como una guadaña tronchan matorrales y hacen ondular la hierba.

—No hicimos lo que ellos querían: que cuando abrieran fuego todos nos concentráramos en un solo sitio. Así ellos vendrían por la retaguardia y nos sorprenderían. Pero cada cual se quedó en su puesto y les hicimos fracasar el plan.

El combate continúa. Los enemigos no siguen avanzando. Las balas milicianas los han detenido. Pero el miliciano Luis Alvarez, que defiende la retaguardia, se levanta para tomar mejor posición y una bala lo hiere en el pecho. Sus compañeros lo ven caer y corren a auxiliarlo. Quieren retirarlo hacia el interior del bohío, pero Luis protesta:

—Déjenme seguir peleando contra estos degenerados —pide a sus compañeros. Y aún herido sigue apretando el gatillo de su metralleta.

Cuarenta y cinco minutos dura el combate. Al cabo de ese tiempo los atacantes se retiran, retroceden, y son empujados hacia un cerco de milicias campesinas, que apresan a seis de ellos.

Secundino, que ha concluido el relato iniciado por el teniente Cazal sonríe a la punta de la mesa, sobre la cual arde ya una chismosa. Le pregunto:

—¿Era el primer combate en que tomabas parte?

—Sí. Fue mi bautismo de fuego, como dicen.

—¿Y cómo te sentiste?

—De lo mejor. Cuando vi los bultos avanzando, sí me impresioné un poco. Pero después, cuando los tiros comenzaron a sonar... estaba más tranquilo que en mi casa. Ochenta tiros, y bien administrados, le hice echar a mi compañera.

Y golpea la negra metralleta como acariciándola.

EL HERIDO

Roberto Barceló se hirió. Un balazo de metralleta en el pecho, y uno de los ejemplos de coraje y hermandad más hermosos que hayan tenido lugar. El accidente ocurrió así: Roberto estaba en el rancho de la casa de Aller. Recién terminaba de hacer su guardia y se sentó en el suelo a fumar un cigarro, antes de acostarse. Puso su metralleta frente a él, sobre una silla. Eran aproximadamente las nueve y media de la noche. Llovía afuera.

De pronto, un disparo. Orestes y los demás milicianos de la escuadra que duermen en una barbacoa dentro del rancho, se asoman y ven a Roberto tirado en el suelo, ensangrentado. Bajan velozmente, y Orestes, que está como aturdido, exclama sin darse cuenta de lo que dice:

—Roberto, ¿cómo tú has hecho esto?

Félix Faustino Ferrán, el miliciano negro que inspirara a Pita Rodríguez uno de los más bellos poemas de sus "Crónicas", abandona su guardia junto a la puerta y entra apresuradamente en el rancho. Roberto lo ve. Sus ojos comienzan a tornarse vidriosos, su rostro a emblanquecer: en la camisa azul de miliciano la mancha de sangre se agranda por segundos. Roberto mira con mirada triste a Félix. Y súbitamente le dice, con voz apagada:

—Ven tú, Félix, que eres el mayor, y dame un beso en la frente, que me muero.

Todos se estremecen. Félix, el negro alto y humilde, que vende periódicos para sostener a su mujer y a sus siete hijos, se arrodilla y llorando abraza a Roberto, que no tiene más de 18 años y es blanco y es rubio y estudia en la Escuela de Comercio. En ese momento los corazones parecen dejar de latir y un nudo de lágrimas aprieta las gargantas.

Pero un instante después todos reaccionan. Y mientras Orestes va a la cercana casa de Aller a pedirle ayuda, Emilio, un joven campesino, que, más sereno que los demás, ha salido sin ser visto, regresa con un palo que arranca de una cerca y con él y su propia hamaca hacen una camilla en la que acuestan a Roberto.

Ahora comienza la odisea increíble del viaje. Tienen que llevarlo a la enfermería del Salto del Hanabanilla, distante unos ocho kilómetros, por entre montañas, en la noche y lloviendo reciamente. Más no es sólo lo infernal del camino que tienen que recorrer, sino también el peligro de que las postas de milicianos que hay en los distintos bohíos por los que tienen que pasar disparen contra ellos creyéndolos alzados. Hay orden de disparar contra todo el que se aproxime a una casa pasadas las seis de la tarde.

Toda la escuadra abandona la casa de Aller llevando un farol y una chismosa por toda iluminación. Dos milicianos van a la vanguardia pidiendo posta, es decir, gritándole a las postas de las otras casas que no disparen, que son milicianos que llevan a un compañero herido. El camino no se ve. El farol y la chismosa son nada para iluminarlo y a cada rato el viento apaga la mecha descubierta de la chismosa. El camino es un lodazal y ya bien las botas se hunden hasta los tobillos en el fango o resbalan como sobre una pista de jabón, al borde de precipicios, cañadas, montes. Distintos campesinos —Hito, Cheo Hernández— se les unen en el camino y es únicamente gracias a su pericia que la camilla en que va el herido no ruede al suelo.

—Nosotros —me dice Orestes refiriéndose a los milicianos— no habríamos podido llevar la camilla sin caernos. Si no es por los campesinos, Roberto no se salva.

Roberto no pierde el conocimiento en ningún momento. En todo el trayecto sus ojos están abiertos. Y si su cuerpo se desangra, su espíritu parece hacerse más fuerte, más poderoso.

—Al llegar a casa de Hito —me sigue contando Orestes—, comenzó a dar vivas a la Revolución y a Fidel y nos incitaba a que lo coreáramos.

Van dejando atrás la casa de Hito, de Cheo Hernández, la de la jefatura de la 3ra. Compañía y se acercan a la de los Torrado, descendiendo hacia el llano. En ningún momento descansan. Sobre la marcha los campesinos se pasan de hombro a hombro la camilla, turnándose. Pero el camino se les hace interminable y el tiempo una tortura desesperante, pues ven que Roberto se desangra por segundos, que su cara está cada vez más pálida. Su desesperación era que no llegara con vida al Salto. Los gritos casi suplicantes de "¡posta, posta!" seguían mezclándose con el ruido de la lluvia implacable.

—Bájenme aquí y descansen —pedía Roberto a trechos.

El debía sentir que la vida se le iba, pero no quería molestar a sus compañeros, tanto milicianos como campesinos, ni dar muestras de desaliento. Si iba a morir, quería que fuese teniendo conciencia de que estaba al lado de aquellos hombres que habían compartido con él sus esperanzas y sus sacrificios, como al término de una grata conversación que se apaga. Así, en una ocasión, vuelve la cabeza hacia el compañero que camina a su lado para decirle:

—Perdóname por haberte desbaratado la camisa, Juan. (Se refería a la camisa que tenía puesta al darse el tiro y que no era de él, sino de su compañero el miliciano Juan Enseñat).

—Cállate, Roberto. No hables más —era la respuesta, dicha siempre con voz dura para evitar que la voz traicionase al corazón.

Al llegar al llano, al terraplén que va de Collantes al Salto, alguien se acuerda que la comandancia del batallón 113 está cerca, en la falda de una cercana colina, y hacia allí se dirigen. El grupo se ha nutrido con nuevos milicianos que se les han unido en el trayecto y todos se sitúan, en el terraplén, frente al bohío que sirve de comandancia, dando gritos y moviendo las luces que traen en la noche lluviosa.

—Aquí, en el llano —me cuenta Juan—, corríamos tal vez más peligro que en las lomas, pues las postas que estaban del otro lado de la carretera, con ametralladoras 30, veían hombres y luces, pero no sabían quiénes éramos ni oían lo que decíamos.

Afortunadamente nada sucede. Pero los milicianos que están de posta en la comandancia del batallón 113 desconfían y no los dejan avanzar. Sus fusiles les apuntan. Al fin acceden a que se acerque un hombre, uno solo, que aclara la situación. De la comandancia del 113 al Salto, Roberto es conducido en un camión que está a punto de volcarse en más de una ocasión por lo resbaladizo del terreno.

Cuando llega a la enfermería del Salto, Roberto tiene 40 de pulsación, pero se salva por la rápida intervención de los médicos, que salen a atenderlo, vistiéndose todavía.

Días después, cuando ya Roberto estaba fuera de peligro, uno de los médicos comentó:

—Se salvó gracias a su coraje, a su valentía. Si no es por la entereza que mantuvo en el camino, no llega con vida aquí.

Cierto. Pero cierto también que lo salvó la hermosa flor de la hermandad humana.

LA NIEBLA

He visto la neblina de las montañas por primera vez. Vino arrastrándose desde el sur, por la tarde. Y gradualmente, como sin prisa pero inexorablemente, lo fue cubriendo todo: las lomas de Charco Azul, de Nacimiento, de Nuevo Mundo y el estrecho valle de Río Negro, abajo. Todo fue quedando oculto como bajo una masa algodonosa. Hacia las 6 de la tarde ya no se veía a 10 metros y las siluetas de los árboles eran negras. Una fina llovizna, como un rocío, se desprendía de la bruma.

Con la noche, ya no se veía a un pie de distancia. Situaba la mano frente a la cara para vérmela, y no lo lograba. De blanca, la niebla se había convertido en impenetrablemente negra. Hacer guardia en una noche así es como hacerlo en lo profundo de una caverna. Sólo que en las cavernas es el silencio lo que lo envuelve a uno y aquí, por el contrario, se está rodeado de ruidos. Ruidos que uno oye sin poder ver qué los producen, que hacen que los ojos se mantengan en perpetua vigilia, que crispan los nervios y ponen los músculos en tensión. Leves crujidos que pueden ser producidos por el roce de hojas, pero que quizá son *otra cosa*; un golpe seco en la tierra, a pocos pasos de uno, como una pisada. ¿Lo será? Uno lo piensa. Pero también se dice que tal vez es sólo el caer de un fruto. ¿Y ese siseo seco y crujiente ahora? ¿Se estará arrastrando alguien a cortos metros del sitio donde de pie uno trata desesperadamente de penetrar la negra neblina? La mano izquierda se cierra con fuerza sobre la empuñadura de la metralleta, la derecha presiona el disparador... Pero el extraño siseo no se produce más. Uno aguarda todo en tensión. Pero el ruido no vuelve a repetirse. Es sustituido por otro: un crujido, un golpe, un rumor... ¿Contra qué disparar?

Las horas de guardia pasan así, entre ruidos que de primera instancia uno identifica como producidos por individuos que se acercan a uno, que lo acechan o se deslizan a corto trecho, y luego reconoce con alivio que su imaginación le estaba jugando una mala pasada o cesan o se transforman en otros diferentes.

Las guardias nocturnas son también los momentos en que llegan los recuerdos, se agolpan las remembranzas y brotan los sueños. Mientras se está ahí, inmóvil en la oscuridad, el viento, la lluvia o la neblina rodeándolo a uno, la vida dejada atrás llena la memoria. Es como un soplo feliz y angustioso a la vez. Y se ve uno cuando regresa. Lo que va a hacer. Es quizás una forma inconsciente en que el corazón se resarce de la triste y solitaria noche montañesa.

PURO VILLALOBOS

Curbelo, el capitán Curbelo, Ministro de Comunicaciones y jefe de batallones en el Escambray, sacó de su jeep una pistola 45 y se la puso en la mano al viejo Puro Villalobos.

—No es un regalo personal mío —dijo a modo de discurso—, sino de todos los que hemos andado con usted. Por todos los servicios que usted ha prestado a las milicias.

No dijo más. Aquellas cortas palabras de agradecimiento fueron las únicas que pronunció, pero todos los que estábamos allí, en el batey de la casa de los Villalobos, aplaudimos, pues comprendíamos que lo que ellas encerraban bastaba para expresar el agradecimiento y el afecto que los milicianos sentíamos por el viejo Puro Villalobos.

Tenía más de 50 años, era pequeño, de rostro arrugado y manos anchas. A diferencia de su magro cuerpo, sus ojos —pequeños, inquietos— revelaban una vida asombrosa. Había nacido en el Escambray y allí había transcurrido toda su vida. Conocía las "camadas" de lomas como la palma de su mano. Esa razón y su fidelidad a la Revolución hicieron que Curbelo lo convirtiera en su guía inseparable. Este no lo conocía, jamás había oído hablar de él hasta que el 23 de enero llegó al Escambray y en el camino del Salto a Collantes se encontró de pronto con una casa en que sus moradores campesino habían abierto cuatro trincheras para repeler a los contrarrevolucionarios alzados si eran atacados.

Era la casa de Puro Villalobos y él y sus hijos, los que habían abierto las trincheras.

Pero la historia de Puro Villalobos arranca de más atrás, de cuando la gente del Segundo Frente se escondía en las lomas del Escambray, sin presentar combate al ejército de Batista. Ya desde entonces Puro ayudaba a la insurrección. No una, sino muchas veces los "revolucionarios" de Menoyo y comparsa acudieron a casa de Puro en busca de abrigo y alimentos.

—Yo siempre los atendía —me dice—, porque mi padre fue mambí y yo había oído hablar de Fidel y estaba de acuerdo con su Revolución. Al principio ellos (los del Segundo Frente) se decían fidelistas, pero "dispués", cuando llegó el "Che" Guevara, comenzaron a llamarse de otro modo y no querían que se metiera "en su zona".

Se detiene para encender el tabaco que jamás se aparta de su boca y continúa:

—Nunca hablaban de Revolución y cuando los guardias dejaron de perseguirlos, hacia mediados del 58, comenzaron a po-

nerles impuestos a los campesinos: 10 pesos por caballería de tierra, 2 por quintal de café y 1 por cabeza de ganado. Yo seguía ayudándolos. Iba al pueblo y compraba mandados para ellos. Pero ya no me gustaban mucho. Sabía de muchos crímenes que habían cometido y no pelearon hasta que el "Che" los "achuchó". Lo que les gustaba era ponerse grados. Había más tenientes, capitanes y comandantes que soldados. "Dispués" que terminó la Revolución, jamás volvieron a aparecerse por aquí, ni para darme las gracias.

Sus hijos, Juan y Salvador, fueron de los primeros en ingresar en la milicia campesina cuando ésta empezó a organizarse en el Escambray. Juan fue nombrado responsable de milicia y cuando Sinesio Walsh y Plinio Prieto fueron sitiados en la Cariblanca, él y su hermano Salvador estaban entre las tropas que les tendieron el cerco y los apresaron.

—Pero no todas las bandas de contrarrevolucionarios fueron liquidadas aquella vez. Algunos cabecillas pudieron zafarse y cuando a principios de este año, y un poco antes, alguna gente comenzó a alzarse embullados porque creían que los americanos iban a desembarcar y ellos iban a coger los mangos bajitos, y por el dinero que se repartió aquí (porque aquí se repartió mucho dinero) y por los puestos que les ofrecieron... pues, se fueron juntando y ya se creían que iban a ganar.

Fue entonces cuando el viejo Puro se enteró que los "alzados" iban a hacerle una visita "porque él era muy guapo". Y fue entonces también cuando Puro Villalobos y sus hijos se construyeron las trincheras.

Cuando las milicias llegaron al Salto, Puro y sus hijos se pusieron a las órdenes de Curbelo y del comandante Olivera, viejo veterano de la Sierra Maestra.

—El Congo Pacheco y Luis Vargas y Nando Lima y el Látigo estaban con unos 150 hombres en las lomas del Naranjito. Pero yo los "rastreé". Ví que se habían dirigido a la finca de Agustín Lleras (explotador de campesinos y "capitán" contrarrevolucionario ya muerto) y hacia allá los seguimos. No íbamos más que Curbelo, yo y 8 milicianos. Cuando llegamos a la "tenencia" del viejo José ya caía la tarde. Le pedí un poco de agua y el viejo José me llamó a un lado. El jarro le temblaba en la mano: "Va a haber mucha sangre aquí hoy —me dijo. Hay como 40 y pico de alzados en mi cafetal". Yo se lo comuniqué a Curbelo y decidimos esperar a que el cerco estuviera tendido para atacarlos. Dejamos alguna gente ahí y dimos la vuelta por el valle donde está la casa de Agustín para avisarles a mis hijos José y Salvador, que avanzaban por detrás con más tropas. Hacia las 12 de la noche el cerco ya estuvo cerrado. Pero parece que algún chivato los previno y aprovecharon la noche para pasar el cerco por la Yagarusa.

No obstante, la suerte de aquella partida de contrarrevolucionarios ya estaba echada, pues esa madrugada tienen un encuentro con las milicias campesinas en la que muere "El Látigo" y pierden 6 hombres y a la mañana siguiente se ven obligados a dividirse en tres grupos: uno toma hacia El Mamey, serie de lomas cerca de Cumanayagua, otro hacia la Lima, lomas entre Cumanayagua y Manicaragua, y el tercer grupo, según expresión del viejo Puro, queda "aplastado", es decir, disperso en partidas de dos o tres que poco a poco se van rindiendo.

Indefectiblemente, los dos grupos principales chocan con las milicias, que los persiguen, los cercan. En la Lima, Olivera los sorprende; y en Boquerones, Fidel, personalmente, los saca a morterazos de un monte donde se han escondido. Así van cayendo y reduciéndose a grupos cada vez más pequeños que tratan desesperadamente de escapar.

Pero a medida que las partidas se dividen y subdividen, la presencia del viejo Puro es más necesaria para rastrearlos.

—Seguro que van de Boquerones a la Cariblanca en rumbo a Manicaragua —dice a Félix Torres o a Curbelo. O: Pasaron entre Manicaragua y el Sijú. O: Seguramente van a pasar al Marino y "dispués" pueden pasar al Quirro o a una finca muy grande que llaman el Cordobanal. O: Van en rumbo de Güinía de Miranda a Rincón del Naranjo a salir a las Tres Puertas.

Y en cualquiera de estos sitios está el viejo Puro, rastreando con sus ojos de zahorí, mirando las hierbas dobladas o los bejucos partidos o las ramas quebradas. Y por esos indicios —y muchos otros más— que pasarían desapercibidos para cualquier otra persona, sabe él si los contrarrevolucionarios pasaron por ahí, cuántos son y qué rumbo llevan.

Este es su arte, su prodigioso instinto que él no vaciló en poner al servicio de la Revolución.

El viejo Puro Villalobos se ajusta al cinto la pistola que le ha regalado Curbelo y, muy orondo, se dirige a su casa a mostrársela a su esposa e hijos. Es como la medalla de mambí que su padre llevara en el pecho.

PARACAIDAS

El pasado día 2 un avión voló sobre esta zona del Escambray. Estaba acostado cuando oí la voz de Arias gritando: "¡Un avión!" Me levanté de un salto y sin ponerme las botas agarré mi metralleta y salí al patio. La noche era clara y pudimos ver el avión. Era de dos motores y extrañamente sus alas estaban iluminadas. Esto nos confundió y dudamos de momento en hacerle fuego. Pero si nosotros dudamos, los cientos de milicianos que cubrían nuestra zona no tuvieron la menor vacilación y en cuestión de segundos infinidad de disparos atronaron el aire. Se oía el golpear rítmico de la ametralladora 7.92, el poderoso estampido de los Fal y hasta la ráfaga no muy intensa de las metralletas, cubriendo kilómetros y kilómetros de distancia y repercutiendo en un área aún mucho más vasta.

El avión no fue alcanzado por las balas, por lo menos en ningún sitio vulnerable como para derribarlo. Pero las descargas de ametralladoras y fusiles que se habían producido en un instante y que oíamos por todas partes, nos comunicaban una confortable seguridad: la de que llanos y montañas del Escambray estaban en nuestras manos, así como la conciencia del tremendo poder ofensivo, de fuego, de las milicias.

A la mañana siguiente, se encontraron cuatro paracaídas que el avión había dejado caer. Como es natural cayeron en nuestras manos. Contenían armas, parque y víveres.

Pero lo que pasmaba, lo que dejaba atónito, era que el avión hubiese lanzado aquellos pertrechos. Equivalía a entregárnoslos, a regalárnoslos amigablemente. ¿Cómo podían obrar tan estúpidamente los cabecillas contrarrevolucionarios de los Estados Unidos? se preguntaba uno. ¿Era que incluso ellos mismos desconocían la situación real que prevalecía aquí, en el Escambray? ¿Creían ellos en verdad que aquí había "alzados" peleando contra nosotros en vez de huir y tratar de escapar, como hacían; que nos presentaban batallas; que esto era un frente de combate? ¿Tan estúpidos eran o tan ignorantes estaban de la situación, que daban crédito a las patrañas que ellos mismos propalaban por Radio Swan? No cabía otra explicación. ¡Aún los propios cabecillas de los mercenarios ignoraban lo que ocurría en el Escambray! ¡A tal grado llegaba su estulticia que se tragaban sus propias mentiras!

LA PARTIDA

La noticia de que nos retirábamos llegó el 7 por la mañana. A las 6 de la tarde de ese día debíamos bajar a la jefatura para de allí seguir hasta la comandancia de Río Negro, donde se concentrarían todas las compañías del batallón 117.

El día pasó entre los preparativos de la partida y una alegría desbordante. Desde horas tempranas de la tarde empezamos a ver bajar a las escuadras de los bohíos más apartados. Venían cargados con mochilas, sacos, pequeños bultos. En el pecho, todos traían uno o más collares de Santajuana. Sudaban hasta empaparse las ropas bajo el peso de sus cargas. Pero, por vez primera aquella carga les resultaba liviana y las cuestas y trillos de las lomas, asfaltadas y horizontales calles habaneras.

Bromeábamos cuando pasaban frente a nuestro bohío, sudorosos y jadeantes, para descender la falda de la Colicambia, hacia la jefatura:

—Eh, ¿adónde van ustedes? ¿Quién les metió el paquete de que nos íbamos? —gritaba el descentrado Eloy con su redonda cara llena de risa.

—Eso no es más que una bola, muchachos —apoyaba seriamente Domingo, que ya estaba vestido de limpio.

Y hasta el serio Raúl se mezclaba a la broma añadiendo:

—El teniente estuvo por aquí esta mañana y dijo que de irnos nada: negativo.

—Así que, regresando por donde vinieron, y con todo el equipo. Posición anterior.

Pero los que pasaban no nos hacían el menor caso. En nuestras caras, risueñas, se veía que estábamos mintiendo. Sin detenerse, devolvían la broma, lanzaban alguna contundente palabra y continuaban su camino.

En otras ocasiones, se detenían un momento y charlaban con nosotros. Así nos enteramos de algo que nos estremeció:

—El viejo Quiño —nos dijeron los de la escuadra que estaba en el bohío siguiente al nuestro— se quedó llorando cuando nos fuimos.

—Y Juan —su nuero, un fornido joven campesino— dijo que ni ganas de trabajar tenía ahora que nosotros nos íbamos.

Lo mismo había ocurrido en los demás bohíos, en casi todos, las familias campesinas habían despedido a los milicianos con lágrimas en los ojos. No sólo las mujeres y los niños, más predispuestos al llanto, sino hombres viejos y curtidos y vigorosos jóvenes habían derramado lágrimas por la partida de las milicias. Fue algo que nos conmovió cuando lo oímos y que poco después habríamos de experimentar en nosotros mismos.

Fuimos de los últimos en abandonar las montañas, pues estábamos más cerca de la jefatura que las otras escuadras. La esposa de Luis, Raimunda, nos preparó fricasé de pollo como banquete de despedida. Cenamos hacia las cinco de la tarde y una vez que terminamos de comer —con el estupendo apetito que nos caracterizaba— inmediatamente recogimos nuestro equipo y armas y nos dispusimos a partir. Raimunda estaba aún con el plato en la mano, de pie en la cocina, donde siempre comía. Yo veía que sólo muy de vez en cuando se llevaba un bocado a la boca. Y de pronto, en el momento en que íbamos a decirle adiós, deja el plato y vuelve bruscamente la cabeza.

—¿Por qué no come, Raimunda? —le pregunto.

—Es que no puedo —dice entrecortadamente—. Tengo un nudo en la garganta.

Lloraba. Las lágrimas le caían por las mejillas.

—¿Por qué llora, Raimunda? ¿Qué le pasa? —le preguntamos sorprendidos.

Y entonces la respuesta sincera, limpia, que sólo puede producirse cuando el corazón es noble:

—Porque ustedes se van...

No supimos qué contestar. Nos costaba hallar las palabras que retribuyeran los sentimientos de aquella mujer. Frases de "no lo tome así, Raimunda", "debía usted alegrarse de que nos fuéramos, así se libra de nosotros", no conseguían paliar su aflicción. Lloró hasta el último instante.

Los ojos de Luis también estaban humedecidos, nos despedimos de él con un abrazo. Yo le estaba enseñando a leer y escribir y con un acento de pena me dijo que se le iba su maestro. Yo le dije que pronto vendría otro, un maestro voluntario que lo enseñaría mucho mejor que yo. Y entonces oí la frase más hermosa que puede oír un miliciano devenido accidentalmente en maestro:

—Para mí no habrá ninguno mejor que usted.

Mientras descendíamos la falda de la empinada Colicambia, ya por última vez, iba pensando en la conmovedora reacción de los campesinos ante nuestra partida. Y por primera vez tuve conciencia exacta del impacto de la presencia de las milicias habaneras en el Escambray. Me dí cuenta de su tremenda importancia, de lo que humana y políticamente había significado. Más que la persecución de los contrarrevolucionarios, más que la destrucción de sus bandas, más que cualquier acción bélica, la verdadera y grande labor de las milicias habaneras en el Escambray fue la siembra de compenetración y hermandad entrañables que dejó a su

paso entre los campesinos. Lo otro, aunque sea más estridente, aunque despierte más curiosidad, es tan sólo anécdota de guerra. Esto, en cambio, fue tarea profunda y raigal, que se adentra en el corazón humano.

Al contacto con los milicianos habaneros, los campesinos del Escambray aprendieron a ver la Revolución no como una idea abstracta, general y vaga, que los rozaba muy superficialmente, sino como algo concreto, tangible, representado en hombres de carne y hueso, en trabajadores humildes que tenían sus mismos anhelos, similares preocupaciones y problemas: que habían abandonado sus empleos y familias para echarse el fusil al hombro y venir aquí, a estas duras montañas, a perseguir tenazmente a los que buscaban la destrucción de la esperanza y a protegerlos a ellos, los campesinos. Este sacrificio, esta desinteresada generosidad la entendieron y sintieron perfectamente los campesinos.

De otra parte, la ideología de la Revolución, sus causas y sus metas, lo que se proponía, lo que estaba haciendo, el por qué de la lucha tenaz que mantenía, en fin, todo su andamiaje doctrinal, no les llegó como un árido adoctrinamiento académico. No, por el contrario, se producía espontánea y casi casualmente: en las conversaciones de sobremesa, en las charlas que los milicianos sostenían entre sí, en la discusión que a veces suscitaba una noticia leída en el periódico y, muy especialmente, en las cosas de su vida y de su trabajo que el miliciano relataba al campesino: esto es, que el campesino fue teniendo conocimiento y conciencia de la Revolución como por reflejo, como por algo que se incorporó a su vida naturalmente, sin presión, sin que lo forzaran a ello.

Además estaba la ayuda material que los milicianos brindaron al campesino. Y así era común ver a los milicianos arando la tierra, sembrando, limpiando los surcos, desbrozando matorrales, cortando leña y realizando tareas domésticas, tales como fregar la loza, pelar viandas y en ocasiones hasta barrer y cocinar. Era común también verlos construyendo letrinas, reparando la tabla rota de una pared, fabricando un puente sobre un arroyo y en general mejorando en lo que podían, y con los pocos instrumentos que tenían a su alcance, la vivienda del campesino para hacerla más confortable y atractiva.

Se pagaba, asimismo, todo lo que se consumía. Nada, ni un grano de café, le era tomado sin abonarle su importe. Y estaba, también, la alfabetización. En cada escuadra había por lo menos un miliciano que diariamente se sentaba con niños o mayores a enseñarles las primeras letras, a irles descubriendo el fabuloso mundo del lenguaje escrito. ¡Y con qué alegría penetraban los campesinos este mundo! ¡Qué sonrisa de inmensa dicha iluminaba sus caras cuando lograban identificar una letra, descifrar una palabra o —gloria suprema— poner su nombre!

Jamás olvidaré el rostro ansiosamente nervioso de Donato mirando la cartilla y el temblor que lo sacudió cuando yo, guiándole la mano, lo ayudé a escribir su nombre y él lo vió ahí, en el papel, como algo mágico.

—¡Mire usté —exclamó— treinta años sin saber uno ni poner su nombre!

Y Luis, Luis Guerra, con quien todas las noches me sentaba a la luz de una chismosa a extraerle su secreto a la cartilla. Recuerdo su cabeza de pelo enmarañado doblada sobre el cuaderno, deletreando, o empuñando fuertemente el lápiz para poner letras, sílabas, palabras. Se esforzaba seriamente en aprender. A veces era tan intenso el esfuerzo que hacía, que apartando el rostro de la chismosa humeante se frotaba los ojos y me decía:

—Estoy mareado.

Todo esto lo recordaba mientras bajaba la falda de la Colicambia, hacia la jefatura. Y también recordaba el cambio que se había operado en Luis, y como en él, en todos los campesinos del Escambray. De un hombre que vivía aterrorizado por los contrarrevolucionarios, que sentía tal pánico de enfrentársele, que por semanas no fue a su siembra por temor a que lo atraparan y secuestraran, que por las noches se encerraba con su mujer e hijos en su habitación, trancando puertas y ventanas, y no salía de allí si sentía el menor tiroteo, que enmudecía cuando oía decir que algún cabecilla contrarrevolucionario había logrado burlar algún cerco; de ese hombre, joven y fuerte, pero anulado totalmente por el miedo, surgió otro Luis al final de nuestra estancia. El día antes de partir nosotros para La Habana, fue a "apuntarse" en las milicias, ya asistía a las reuniones de la asociación campesina y sentía vivo placer en andar con nosotros por las lomas con el Fal colgándole del hombro. Había perdido el miedo y ahora era él realmente, el verdadero Luis.

—oOo—

Pasamos la noche en la comandancia de Río Negro. Cientos de milicianos se dieron cita allí. Compañeros de distintas compañías, y aún de la misma, se encontraban al cabo de semanas y semanas de no verse y entre abrazos, risas y burlas se contaban sus mutuas experiencias. De momento les era difícil reconocerce por las espesas barbas que adornaban sus rostros. Muchos de ellos habían llegado casi lampiños y ahora se marchaban con las mandíbulas orladas por una tupida red de vellos. Había un íntimo orgullo en estas barbas y en los uniformes polvorientos y en las botas manchadas de fango. En su interior, cada miliciano se sentía un curtido combatiente y experimentaba el legítimo regocijo del hombre que ha hecho algo poco común. Atrás quedaban las quejas, el cansancio de las largas marchas por entre montañas, la irritación que a veces producía la monotonía de los días iguales en una trinchera, una emboscada, un bohío... Era la hora de la alegría y el orgullo.

Reinaba una euforia semejante a la de la partida de La Habana para el Escambray. Nadie podía estar silencioso. Una necesidad casi orgánica de hablar dominaba a todos. La alegría necesitaba exteriorizarse y se exteriorizaba en forma de burlas, bromas carcajadas. Nos esmerábamos en ser infantilmente groseros. Esto quizás es algo difícil de entender, pero que respondía normalmente a aquel estado de ánimo especial.

Esa noche vimos cine por primera vez en casi tres meses. Nos tiramos allí, sobre la tierra, las mochilas por almohadas y clavamos la mirada en la improvisada pantalla sobre la que se sucedían las imágenes. Pero miento si digo que vimos los films que se proyectaron. Estábamos demasiado excitados para prestar atención. El cine era un pretexto más para alborotar. Y así cuando el que manejaba el proyector apagaba la pantalla para cambiar de rollo, se le chiflaba, se le gritaba y se le hacía objeto de fuertes epítetos. Pero todo ello no era más que un escape a la alegría que sentíamos. No obstante, cuando Fidel, Raúl o cualquier otro líder de la Revolucía aparecía en la pantalla, se le aplaudía a rabiar, de la misma manera que se chiflaba e insultaba a cuanto enemigo de la Revolución asomaba su imagen. Después se volvía a empujar al compañero que se tenía al lado para estar más cómodo, a gritarle a la cabeza de alguien que no dejaba ver o a protestar porque la pierna de algún otro había caído tranquilamente sobre la cara de uno.

Por supuesto que no se durmió aquella noche. Hacia las once yo me arrebujé debajo de unos periódicos, para amortiguar el frío de la luna, pero a eso de las dos de la madrugada alguien empezó a gritar ¡de pie!, los gritos se multiplicaron y a los pocos minutos todo el campamento estaba de pie, con mochilas y bultos a la espalda, esperando el momento de partir. Era una broma, pero ya nadie más pudo cerrar un ojo y hubo que estar hablando o caminando de aquí para allá hasta aproximadamente las cinco de la mañana en que las compañías se formaron y salimos a pie para el Salto, distante unos 10 kilómetros. ¡Jamás se hizo el camino en tan corto tiempo! ¡Establecimos un récord!

Mas aquí, en el terraplén de Río Negro al Salto, tuvimos una prueba más del cariño que los campesinos sentían por las milicias. Los que vivían en las faldas de las lomas cercanas, se habían levantado de madrugada y desde las puertas de sus bohíos, semiborrosos en esa hora gris, sacudían sus brazos o luces para decir adiós por última vez a los milicianos que habían convivido con ellos. Aquel gesto difícilmente se borraría de la memoria de los que lo recibieron.

En el Salto trepamos otra vez sobre nuestros viejos amigos, los camiones. Pero esta vez habían traído buen número de ellos e íbamos desahogados. Empezamos a dejar atrás lugares que ya nos eran familiares: la represa, la Macagua, Cumanayagua... y también comenzábamos a dejar atrás el Escambray. Si cuando veníamos para acá se agrandaba a nuestra vista, ahora disminuía, se alejaba, se perdía...

Y a medida que el Escambray se iba alejando, perdiendo, borrando en la distancia, dentro de nosotros iba naciendo el sentimiento de que con él concluía una etapa de nuestra vida que sería inolvidable.



ESTOY ALEGRE Y LUCHO

Hermana, ¡cómo serán tus llantos, tus ojeras,
tus dudas y temores por nosotros!
¿Se opacan tus encantos infantiles?
¡Cómo quisiera verte en las verdes paredes;
cómo quisiera hablarte, decirte que te quiero;
decirte que extrañamos tus mimos y tus celos!
Oirte hablar de tus deportes
y ayudarte en los temas del examen.
¿Caminas por la sala como cuando limpiabas
y yo dormía junto a tí, por la tarde,
en tu cama?
¡Qué lacio era tu pelo!
Y siempre criticaba tus arreglos
(el creyón es muy claro)
Yo ahora estaría alegre
si supiera que cantas en la tarde
(estoy alegre y lucho)

UN RETRATO CON CHECO P.P. CHA

Silencio roto para el sol.
Luz en las ventanas.
Hay tanta luz, luz en las frentes milicianas.
Luz en el modelo del pintor de pie de yeso
de lápiz, tierra roja del Escambray.
Dibujas barbas, pintor, boinas, ojos distantes,
miradas melancólicas, fuego heroico.
¡En la silla amarilla todos quieren posar!
Por un retrato de su barba abundante
o de su boina verde
o de su brazo herido,
un retrato con Checo P. P. Cha,
Fal
o metralleta.
Unas manchas rápidas en el blanco papel,
un recuerdo de guerra, para la paz
de la madre distante.

UN OLEO CON FUSILES FAL

Quiero hacer un óleo con fusiles Fal
P. P. Cha y metralleta
montañas de boinas puente de 7.90
llamaradas de fuego en ráfagas de sol
humo de coraje en las montañas
nube de hermosura de café
de barbas los montes el cielo de ojos milicianos
las flores de niños campesinos
las palmas Fal erectos R 2
con curujey cargadores con rosas
la bandera colgada de la luna
hasta el sol hecha de amor entre las sierras
de sangre heroica
viva en los montes verdes
opacando los ocres de miseria
sonrisas de niños en escuelas
talleres en botones botas en pedregal
huellas del pueblo
entre rocas manantiales que son de luz de alba
el brazo de Fidel, su porte, su valor, su voz rompiendo
nubes grises
el pueblo uniformado que le sigue incesante.
La lucha es en estas montañas
la consigna es de todos
Martí en este paisaje
de luz de América
Martí en las frentes milicianas.

TE VEREMOS MAÑANA

¡Madre, cuántas aspirinas habrás tomado ya,
cuántas veces habrás ido hacia el radio
esperando noticias,
cuántas veces se ha escapado el jabón
entre tus manos, remojando la ropa!
¿Te habrás quedado en el sillón dormida,
confundiste los pasos de alguno que pasaba?
Quizás no rías tanto o la piedra en tu hígado
no te cause molestias pero lloras
de orgullo cuando habla Fidel.
Siempre le oías hasta la madrugada;
¡qué contenta estarías cuando dijo:
"Muy pronto las milicias estarán de regreso"!
Madre, ¿cuidarás de mis cosas, lees la Biblia,
lees mis cartas, al llamar a comer
repetirás mi nombre
y contarás los platos que faltan en la mesa?
¡Cuánto gozo te he dado por estar en las lomas!
Tú, cual Mariana y tus hijos buscando en la altura
la altura del Titán.
Te veremos mañana, hasta luego, Mariana.
Esperas a papá como siempre en la puerta
con una mariposa en tus cabellos.
En la puerta sonriente esperas
a tus hijos sonrientes.
Curtidos en la lucha con barbas
de Camilo con fuerzas de titanes
tus hijos volverán.

POR FRANCISCO DIAZ TRIANA



Desde el Sanatorio Nacional "Comandante Enriques Villegas", en Trinidad, nos llegan estos poemas del joven miliciano Francisco Díaz Triana.

Díaz Triana, segundo al mando del primer pelotón del batallón 138 de la primera compañía especial de infantería, participó como un combatiente más durante "la limpia" del Escambray.

En la carta que acabamos de recibir, Díaz Triana nos dice: "Hace meses les escribí enviándoles varios poemas de los cuales uno, "Poema Miliciano", fue editado el 20 ó 22 de Octubre de 1960, en el periódico REVOLUCION, lo cual fue de mucho estímulo para mí. Ese poema era un compromiso con la Patria; salió del corazón, y había que cumplirlo con el corazón. Llegué al Escambray el día 14 de Febrero; el día 23 fuí herido casualmente; hoy estoy en una sala del Sanatorio Nacional "Comandante Enrique Villegas", (antiguo Topes de Collantes").

"Siempre pensé escribir algo —agrega Díaz Triana— y pintar algo. Llevo un diario; y, en la tranquilidad del Sanatorio, he escrito estos poemas del monte y escapes hacia los seres queridos".

LUNES se complace en publicar estos poemas llenos de sinceridad y de pasión. Escritos por uno de nuestros milicianos, estos versos tienen, además, verdadera calidad literaria. Hay que señalar a Díaz Triana como una de las voces auténticas de la nueva sensibilidad cubana.

Pablo A. Fernández

CON LA MILICIA EN EL ESCAMBRAY

POR JOSE A. BARAGAÑO

Me enteré de que en el Escambray había un nuevo alzamiento contrarrevolucionario estando atrincherado en un lugar cercano de La Habana. Un amigo que hizo contacto conmigo para un trabajo periodístico, me dijo:

—La fuerza de la Revolución es tan aplastante que en la época de la tiranía doce hombres moviéndose en la Sierra Maestra mantenían al país en vilo y ahora quinientos contrarrevolucionarios en el Escambray apenas atraen la atención del pueblo...

Aun atrincherado nuestro batallón mandó algunas unidades hacia el Escambray. Sabíamos que inevitablemente operaríamos en aquella zona. Pero yo pensaba que sería inmediatamente después de abandonar las trincheras: fué un poco más tarde. Al regresar a La Habana nos concentramos frente al Palacio Presidencial y allí Fidel Castro dijo: Cuba es el único país de América apto para combatir la guerra de guerrillas.

En ese sentido la operación del Escambray ha sido una gran victoria. La Milicia Nacional Revolucionaria ha logrado en pocos meses lo que no han podido lograr ejércitos seculares en su combate contra guerrillas. La proporción de la fuerza perseguidora y la perseguida era la misma. No sé cuantos milicianos había en el Escambray, pero calculo que su proporción de acuerdo con el número de contrarrevolucionarios es la misma que la del ejército francés en relación con los argelinos armados. Sólo que hay un problema cualitativo por medio: en este caso se invierte la proporción moral. Es decir la masa de milicianos era la suficiente para garantizar siempre la victoria, pero su contenido moral multiplicaba enormemente la de los contrarrevolucionarios, que simplemente no existía. La Milicia destruyó un ejército tan grande como el de Sandino en sus inicios y mejor equipado. Pero en este caso los sandinistas eran los perseguidores y los imperialistas los perseguidos. En el Escambray la Milicia, un ejército joven, demostró ser más eficaz que las fuerzas inmensas de los imperialistas cuando vieron la masa de milicianos cubriendo los caminos, cavando trincheras, instalando cientos de ametralladoras pesadas. Por otra parte la masa de ejército iba tomando las cañadas, los manantiales, las casas, los árboles frutales, los sembrados: todos los sitios económicos. Todas las posiciones estratégicas fueron copadas y los que hasta hacía pocos días se sentían seguros en sus cuevas y campamentos encontraron que les sería muy difícil moverse aun de noche, porque en cualquier punto encontrarían una emboscada que haría fuego automático a diez o veinte pasos en la oscuridad tremenda de los cafetales, entre los riscos, grutas y peñascos, o en el lecho de los arroyos. Ese primer impacto logrado en los días iniciales tuvo como virtud fraccionar las fuerzas enemigas, atomizarlas de manera que fueron incapaces de resistir, desde ese mismo momento, el fuego de una escuadra de milicianos.

Dondequiera que aparecían los contrarrevolucionarios encontraban una barrera de fuego: recuerdo una imagen que da el sentido del poderío militar del pueblo de Cuba. Me encontraba con un pelotón de ametralladoras en un lugar del Escambray: un campesino notificó que los contrarrevolucionarios estaban o habían estado en su casa y que le habían robado un cerdo. Inmediatamente varias compañías de milicianos avanzaron envolviendo todo el grupo de colinas y en un instante una batería de morteros tenía sus bocas dispuestas para pulverizar la zona en que actuaban los imperialistas. En cualquier parte que aparecían les pasaba lo mismo.

Era emocionante hablar con los milicianos campesinos que llevaban largos meses metidos en las trincheras, haciendo guardia todas las noches, bajo el frío, la neblina y la lluvia: hombres de gran resistencia e indiscutible coraje parecían una nueva masa surgida de la historia a la conquista de la misma habiendo abandonado sus primitivos bohíos para llevar sobre sus hombros los modernísimos fusiles automáticos. Así se establecía una interacción entre el proceso revolucionario transformador, el ejército y el armamento. Además el contacto entre obreros y campesinos era grande y en profundidad. La milicia une al pueblo, lo une de manera total. Los hombres que suben montañas juntos, que discuten los mismos problemas, que combaten por un solo objetivo y que son capaces de compartir su plato y su cantimplora crean una hermandad revolucionaria superior. Por otra parte la revolución no concibe la contienda bélica como una simple acción militar destinada a la destrucción de la fuerza enemiga o a su sustitución en un determinado territorio, sino como una operación social con su estrategia y su táctica, capaz de suscitar en las masas una conciencia superior. Allí los campesinos se enteraron de los problemas del proletariado y a la inversa. Allí los obreros compartieron su cultura y su capacidad técnica con el campesino y aprendieron la profundidad de las pasiones del hombre del campo y su abnegada fe revolucionaria, coraje y tremenda resistencia física.

La Milicia no hacía fuego solamente con la fusilería o las ametralladoras. Poseía un arma que ignoran muchos ejércitos: la cortesía, la inteligencia, la convicción. La convicción como factor operativo en la guerra revolucionaria fué empleada allí de manera sistemática, además de la misión educadora que tuvo la clase obrera en aquella zona. En cada sector el miliciano alfabetizó, dió charlas, actos artísticos y conferencias: transmitió su ideal revolucionario, colaboró a despertar en los campesinos la conciencia de sus necesidades y la decisión de combatir. En suma, produjo un salto en la calidad revolucionaria de los habitantes del Escambray.

La gran transformación que se ha operado en la vida del país se podía notar en todas las actividades desplegadas por la milicia en el Escambray. Decía Máximo Gómez que los soldados libertadores se habían acostumbrado en la oscuridad de los bosques, en los fraternos campamentos, a hablar de hamaca en hamaca de las cosas de la guerra y la Revolución, sin establecer vanas comparaciones, podemos afirmar que el espíritu de actividad revolucionaria de las milicias coincidía con esa actitud, los hombres en las emboscadas, los campamentos, las trincheras se hundían en la noche en la vigilancia y la conversación sobre las actividades, éxitos y problemas de la revolución.

Esa dimensión político social y su gran conciencia revolucionaria es la característica fundamental de la milicia. Es una experiencia inolvidable recordar cómo al llegar a nuestro punto de partida en el Escambray, sin ningún dato específico sobre la pequeña contienda que allí se desarrollaba, pensando que aquello podía ser muy grande y muy importante, los milicianos sonreían, hacían chistes sobre el enemigo, y traslucían una moral y una combatividad enormes. Todos querían ir al lugar más peligroso. Y en sus conversaciones gustaban en exagerar las posibilidades del enemigo para crearse una misión más importante y más peligrosa.

Considero que el Escambray tanto como una experiencia militar, fue una gran escuela política para los milicianos: allí los hombres procedentes de organizaciones industriales pudieron comprender los problemas dignas del imperialismo en un tipo muy difícil de combate. Eso es una advertencia

La historia militar de lo que sucedió en el Escambray se puede resumir como un combate sistemático, tenaz y efectivo contra un enemigo que se puso en fuga desde el inicio de las operaciones. No poseemos los datos que pueden existir en manos de los altos jefes militares de la Revolución, pero a partir de lo que supe hablando con milicianos y campesinos, puedo decir que en ningún momento el enemigo se consideró capaz de ofrecer resistencia y que aquella "guerra de liberación contra el comunismo" se convirtió en una carrera llena de obstáculos frente a las fuerzas militares de la revolución, que terminó siempre por cercarlos y aniquilarlos como realidad bélica.

Esa actitud permitió al ejército revolucionario conservar la iniciativa durante todas las operaciones. El contraataque revolucionario fue abrumador y tenaz. Me imagino la reacción de los cabecillas contrarrevolucionarios del campesinado y el proceso de la reforma agraria, la íntima conexión entre los problemas agrarios y los del proletariado. Por otra parte para un escritor o un intelectual cualquiera, participar de los grandes movimientos del pueblo es algo capaz de cambiarle más de un concepto erróneo, de transformar toda su visión del mundo y de lanzarlo cada vez más profundamente en las tareas de la liberación total del hombre.

Lo que pasó en el Escambray fue el producto de la conducta de los pseudorrevolucionarios del llamado Segundo Frente Nacional que operaron en la zona en la época lejana de la tiranía de Batista. Estos individuos en lugar de aliarse con los campesinos, se unieron a los latifundistas, cometieron innumerables abusos y tropelías con la población campesina. El ajusticiado Carreras tenía fama en la región de borracho y asesino, así como Morgan y Menoyo. Por lo tanto la Revolución entró en ciertas zonas del Escambray, por primera vez, con las milicias, sin olvidar

la acción en aquella zona de Che Guevara y el Directorio Revolucionario. Esa unión entre traidores, clero y latifundistas estaba encaminada, me imagino, ya durante el período bélico anterior, a crear condiciones para la contrarrevolución, a alejar al campesinado, al que nunca lograron convencer plenamente, de sus intereses como clase y de la revolución liberadora.

Por eso la táctica ideológica fue tan efectiva en la zona. La Milicia es un ejército de clase: una fuerza militar destinada a mantener la conquista por parte del proletariado y el campesinado del poder político y económico. Ese ejército de clase es invencible porque sólo puede ser vencido con la desaparición del pueblo de Cuba. Al operar en aquella zona contra traidores, delincuentes y clericales sabía que su misión era ideológica también. Y siguiendo las órdenes del gobierno revolucionario, alargó en lo cuantitativo y lo cualitativo la actividad revolucionaria en el Escambray, al mismo tiempo que destruyó la pandilla contrarrevolucionaria.

Hubo batallones que construyeron escuelas en un solo día. Como homenaje a la muerte del líder africano Lumumba el batallón 113 construyó ante los ojos atónitos de los campesinos una escuela en un solo día. Cerca del nicho el batallón 116 construyó otra escuela a la que puso el nombre de un miliciano muerto por accidente: Gallo. Así todos los batallones hicieron obras de beneficio: construyeron escuelas, instalaron letrinas, colaboraron en el cultivo de las tierras con los campesinos, alfabetizaron a los que lo necesitaban, llevaron todos sus conocimientos para ofrecerlos generosamente a sus hermanos de la montaña. Ese fue uno de los movimientos más efectivos de la campaña en el Escambray.

Los milicianos oían radio Swan. Era muy divertido. Nuestro batallón había sido aniquilado y en realidad no había sufrido una sola baja habiendo capturado numerosos contrarrevolucionarios. Eso era muy bueno porque de esa manera los campesinos se daban cuenta de la medida de las mentiras de la contrarrevolución: después del aniquilamiento verbal del batallón, los milicianos se palpaban para ver si estaban vivos como una ironía despreciativa para los traidores y asesinos protegidos por el imperialismo norteamericano.

Más risible aun era el llamado "puente aéreo". El puente aéreo era un sistema de suministro para la milicia cubana organizado por el ridículo Pentágono y los analfabetos del Departamento de Estado Norteamericano. De vez en cuando un B-26 inmediatamente hostilizado por el fuego antiaéreo de nuestras ametralladoras de campaña aparecía emprendiendo la fuga inmediatamente, no sin antes dejar, quizás para cobrar el salario, un paquete de paracaídas portadores de armas modernísimas y abundantes. Así se capturó el arsenal expuesto en la Plaza Cívica. Los americanos pagaron en armas el costo de las operaciones en Escambray, es decir, que todos los gastos de la guerra y el formidable entrenamiento obtenido por las milicias fue ridículamente sufragado por la "inteligencia" norteamericana.

La hostilidad norteamericana ha hecho que lo que comenzó siendo un ejército de clase muy extenso y sin gran conocimiento militar sea hoy una formidable fuerza combativa. El miliciano hoy es un verdadero soldado: conoce la utilización, capacidad y efectividad de todas sus armas. Conoce incluso el comportamiento singular del arma y del número que le ha correspondido. Ha hecho excelentes prácticas de tiro. Sabe tirar, sabe enmascararse y protegerse contra el fuego de artillería, contra los tanques, contra la fuerza aérea: sabe la eficacia de un mortero y la de un cañón. Sabe que una aviación por poderosa que sea puede muy poco contra una infantería que sepa utilizar bien el terreno. Tiene el miliciano una formidable resistencia física y una moral incomparable; tiene iniciativa y tenacidad; sabe obedecer y actuar en el combate y por último su conciencia de clase es un gran factor táctico que no se puede sustituir con nada.

Supongo que los contrarrevolucionarios se darán cuenta como sus amos del Pentágono que una agresión militar a Cuba cualquiera que sean sus proporciones encontrará: tierra calcinada, guerrillas y una línea de defensa inflexible, segura de sí misma, y, en definitiva, victoriosa. La estupidez y los sueños del imperialismo sólo tienen la importancia de poder provocar un conflicto cuyas consecuencias son incalculables. El Escambray ha sido una derrota de primera magnitud para la "inteligencia" norteamericana: demuestra que ningún intento de lucha de guerrillas en Cuba puede dar resultados. El conocimiento de la estrategia del enemigo y de sus hábitos de combate es uno de los factores de la victoria. Y el más ineficaz de los milicianos es mejor guerrillero y conoce tan bien la guerra de guerrillas como el mejor general del Pentágono. Eso de la guerrilla va en la sangre de los cubanos: lo demostraron en el 95, en la Sierra y ahora lo demuestran en el Escambray haciendo lo que muy pocos de los grandes ejércitos de la época han sido capaces de hacer.

El cubano ama su territorio: para el cubano no hay nada más valioso que el territorio de su patria, ha luchado durante cien años para conquistarlo definitivamente. Y no está dispuesto a entregarlo a nadie. Las milicias en la Sierra del Escambray han obtenido una gran experiencia y sabrán aprovechar sus éxitos y sus errores: el Escambray ha perfeccionado nuestro dispositivo defensivo y ha fortalecido la Revolución. El gran ejército de la clase obrera y el campesinado junto al Ejército Rebelde está listo para cualquier batalla.

En la vasta región del Escambray hemos visto al pueblo de Cuba cavar las trincheras de la patria; cuando a lo lejos los caminos que se perdían en las montañas conducían a la masa de batallones como una cascada revolucionaria, al mirar las mochilas, las ametralladoras pesadas, las armas automáticas, nuestra voluntad crecía y sabíamos que la patria nunca estará en peligro de muerte. Puede haber un grupito todavía en el Escambray: será aniquilado en los próximos días. Porque si hay enemigos de la patria capaces de tratar de salvar el pellejo para disfrutar del oro extranjero huyendo día y noche, manteniéndose ocultos en un hueco durante meses, también hay decenas de miles de milicianos capaces de pasar años en sus trincheras avanzadas y emboscadas hasta aniquilar al último traidor.

Desde que estábamos en la escuela de infantería mis compañeros del batallón 116 me piden que escriba sobre nuestra unidad. Les he dicho que vendrán grandes combates por la patria y la revolución y que entonces si quedo vivo, escribiré nuestra historia. Por ahora me limito a señalar las grandes cualidades de toda nuestra Milicia y su gran victoria del Escambray. La Revolución es una contienda que no terminará hasta el aniquilamiento total del enemigo. Las batallas que nos esperan serán las mejores. Y si nos espera la paz: tanto mejor. Pero eso no depende totalmente de nosotros.



POR CUBA

MENSAJE DE LA LIGA ARGENTINA POR LOS DERECHOS DEL HOMBRE ANTE LA CONFERENCIA LATINOAMERICANA POR LA SOBERANIA NACIONAL, LA EMANCIPACION ECONOMICA Y LA PAZ.

(México, 1961)

La Liga Argentina por los Derechos del Hombre ha delegado en mí la representación de la entidad ante la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz. En la imposibilidad de asistir a sus reuniones, elevo a su consideración este mensaje en que, conforme a instrucciones expresas, expongo la posición de la Liga en los asuntos a tratar, anticipándole su asentimiento a todas las resoluciones que se adopten en ellas.

Debo consignar la satisfacción personal con que cumplo este mandato, en cuanto se me aconseja que el tema central de las reflexiones sea la Revolución Cubana, con la que se manifiestan solidarios los cien mil adherentes y simpatizantes que agrupa aquella institución.

Los tres objetivos esenciales que inspiran la convocatoria a esta Conferencia son síntesis de las aspiraciones populares tantas veces frustradas, pues la soberanía nacional, la emancipación económica y la paz son postulados del credo republicano democrático, de los cuales ninguno se había cumplido cabalmente en las numerosas tentativas realizadas antes.

La Liga Argentina por los Derechos del Hombre considera a la Revolución Cubana el acontecimiento más traseendental y saludable en la historia de las naciones mal colonizadas y mal emancipadas, y entiende que toda acción organizada que tome en cuenta las condiciones actuales de esas naciones debe inspirarse en la enseñanza de sus hechos y en la doctrina que resulta de la acción con que, venciendo dificultades increíbles, está cumpliendo su programa revolucionario. Juzga que es Cuba la nación piloto para cualesquiera operaciones cuyo fin sea quebrantar la estructura del sistema capitalista-imperialista y cimentar otro de justicia y paz.

Sabemos todos que el hombre que condujo la revolución y supo infundirle el espíritu de Martí, auténtico padre de la redención de los pueblos oprimidos de América, es el primer ministro Fidel Castro, quien, por haber sobrepasado los límites comunes a la acción personal de los líderes, es hoy el conductor de los pueblos proletarios por el camino de su definitiva liberación. La otra figura consular de América, cuya misión parece ser complementaria, si distinta, es Lázaro Cárdenas, quien asestó la primer pedrada en la frente del gigante devorador de pueblos. Uno y otro prócer encarnan hoy el ideal de libertad y de justicia que a lo largo del siglo pasado revivió sucesivamente en Bolívar, Morazán, Juárez y Martí. Cree la Liga Argentina por los Derechos del Hombre que Fidel Castro en lo que se ha cumplido, y Lázaro Cárdenas en lo que falta cumplir, deben ser auspiciados como mentores y guías de ese ideal genuinamente americano y humanitario.

La voluntad unánime de los pueblos es de unirse, entenderse y auxiliarse, derribando las vallas que se levantaron para reducirlos a aislamiento e impotencia. Y esas fuerzas desintegradas y fragmentarias necesitan un plan, una dirección y una bandera. En dos planos: en el de las conquistas a obtener y en el de las conquistas obtenidas, ambos adalides sean la bandera que reclute y dé vigor y altura a la ciudadanía de América que en cada lugar cumplirá su propia tarea.

La Liga Argentina por los Derechos del Hombre tiene más de veinte años de experiencia en la lucha por defender los derechos y garantías que se afirman en las leyes y se burlan en las calles, en los ministerios, en los cuarteles y en los tribunales. Clausurada y perseguidos sus dirigentes, en largos lapsos tuvo que trabajar en la clandestinidad en socorro de los presos políticos y de sus familias, precisamente contra los supuestos defensores de la ley y otros farsantes del estado de derecho. De esa experiencia ha sacado una lección.

Mi país pertenece al grupo de naciones prósperas, de vasto territorio y numerosa población, que ha padecido con menos rigor el repartimiento de América como presa mostrenca y como botín de guerra. Los padecimientos de sus hermanas sólo recientemente han llegado a sus oídos y despertado sus sentimientos de fraternidad. Aunque no gobernada por caudillos de látigo y sargentos de peñola, sí lo ha sido por camarillas oligárgicas o por lacayos sin librea que pusieron sus riquezas naturales y el trabajo de sus compatriotas en manos de sus enemigos más peligrosos, las buenas naciones benefactoras. Mi país no pertenece, pues, al grupo de las naciones avasalladas por las fuerzas armadas del capitalismo cosmopolita, en cuanto tropas de desembarco y ocupación, pero nadie puede negar que está copado por las fuerzas permanentes de seducción e intimidación, y sometido, como consecuencia, a la órbita de los gobiernos de embajadores y prestamistas.

Allá los tres ideales que proclama esta Conferencia se dan por cumplidos desde hace ciento cincuenta y un años, y por eso no se ve la impostura que ha reemplazado a la violencia con la capitulación silenciosa. Expongo esta situación meramente a título ilustrativo, porque quiero significar que la libertad o soberanía de los pueblos americanos se divide en dos categorías, según los grupos de naciones que no la disfrutan: el que sabe que le ha sido usurpada y el que lo ignora. Allí donde se ignora que el país ha sido ocupado y las autoridades sustituídas, la lucha está coartada, pues para inmensa cantidad de ingenuos y de bribones atacar a las fuerzas secretas de ocupación es atacar la seguridad del Estado y la santidad de las instituciones. Donde es ostensible la invasión, la batalla contra las autoridades es lisa y llanamente la resistencia contra el enemigo intruso.

Nuestro enemigo es uno, de múltiples tentáculos subrepticios, y en cada lugar se viste con el traje que usan todos, se hospeda en sus hogares y habla su lenguaje. Descubrirlos y delatarlos es difícil y arriesgado, pero se ha de hacer como previo deber imperativo. Con toda valentía debemos mirar a las magistraturas y a las instituciones que debieran ser venerables, como templos pero también como refugios en que se guarecen e invulneran los traidores y falsarios de la libertad. Y si son los magistrados o si son las instituciones los reductos de nuestros enemigos, debemos atacarlos como tales sin que nos contenga el supersticioso respeto a las investiduras que ellos han profanado y convertido en atavíos litúrgicos de una religión cívica fraudulenta.

Bien sabemos lo que ha ocurrido. Los métodos de conquista y explotación de las tierras y las gentes americanas son ahora distintos de los que emplearon antaño las naciones colonizadoras, pero la situación es la misma. El Caribe y Centroamérica

están en la fase transitoria de la colonia al protectorado y el dominio, y los fenómenos de opresión que aquí ocurren se perciben con un relieve singular, porque todavía están vigentes los procedimientos compulsivos. Si pudo existir un engaño que nos impedía ver y palpar esa realidad, ha sido revelado por la Revolución Cubana, que ha planteado de manera inequívoca y en términos categóricos de rebelión, cuál es la verdad de nuestro estado, las rémoras de nuestro atraso, el manantial oculto de nuestras tribulaciones y el obstáculo insalvable a nuestro progreso. La violencia desembozada con que el capitalismo militarizado se opone a la soberanía política, a la emancipación económica y a la paz de ese país, deben alertarnos sobre la verdadera causa de nuestra situación y sobre los impedimentos que decididamente debemos liquidar.

Cuba pertenecía, por circunstancias históricas bien conocidas, al grupo de naciones-factorías, en que la trata y el contrabando no se disimularon bajo las apariencias del trabajo asalariado y del comercio libre. Pero desde 1899 ingresó en el grupo de las naciones emancipadas, que es la otra categoría. También aquí hubo el fraude que en las demás. La Enmienda Platt es el símbolo del vasallaje en la independencia, de la esclavitud en la manumisión; y esa cláusula existe tácitamente en todos los tratados que los Estados Unidos han celebrado en América. Es correlativa de la Doctrina Monroe en una de las innumerables formas en que puede ser aplicada. Aunque no se le hubiera dado forma de atropello jurídico, no le importaba al capitalismo cosmopolita que la Enmienda Platt figurara en un apéndice de sus constituciones, si se reservaba la instancia de intervenir en los asuntos políticos internos y de poner en el gobierno a sus cónsules comerciales. Esa es otra de las verdades que se nos han revelado en la Doctrina Monroe, su razón de ser, y que correlaciona la Enmienda con la defensa del continente apoyada en las bases de Samaná, Guantánamo, Panamá y las Islas Cisne. Desde la independencia de Cuba en 1899 y la de Panamá en 1903, todas las declaraciones de trato equitativo y de reciprocidad encubren astutas perfidias de leguleyo. En el vocabulario diplomático independencia quiere decir dominio sin gastos ni molestias de administración.

Aparte de lo que significa la Revolución Cubana en el proceso histórico mundial, para los pueblos que aceptan la cruda denominación de subdesarrollados, ha sido el reactivo que puso en evidencia la trama estrecha de una red invisible que apresaba e invalidaba el fruto del trabajo y de la inteligencia, por igual convertidos en movimiento mecánico de noria que perpetuaba por su desarrollo muscular su condición de mula con los ojos vendados. Reactivo y piedra de toque por añadidura.

La Revolución Cubana ha probado el efectivo valor de las instituciones y las personas, de las tradiciones y convencionalismos, de los mitos y los prejuicios, de la fe verdadera y de la superchería, del carácter del hombre común y de la cobardía de los héroes de presupuesto. Después del 1ro. de enero de 1959 no podemos pensar, sentir, juzgar ni hablar como antes. Los juicios que basábamos en referencias y razonamientos conjeturales se basan ya en los hechos; los hechos han probado lo auténtico y lo falso de la sociedad cubana hasta esa fecha, y el veredicto ha de ser válido para todas las demás naciones de su configuración, americanas, africanas o asiáticas. Se ha probado la resistencia de los materiales, la consistencia de las estructuras sociales, el temple del hombre; la Judicatura, el Ejército, la Iglesia, la Docencia y la Burocracia han rendido cuentas de sus desfalcos ante un tribunal público que ha comprobado que estaban en déficit si no en falencia. Podemos asegurar que eran órganos catabólicos que, absorbidas las sustancias vitales del esfuerzo colectivo, las expelían en residuos tóxicos y estupefacientes. Tenemos el testimonio probatorio de cuál había sido su función y cuál su atuendo en la evolución y el adelanto, en el estancamiento y la postración de los países subdesarrollados. Como saldo hemos perdido la fe de nuestros mayores y adquirido la de nuestros hijos. Pusimos nuestro reloj en hora.

El respeto y la devoción supersticiosos quedan en el museo como remaches de la cadena que el hábito de llevarla hizo insensible. En lo sucesivo los valores todos, desde el precio de las cosas hasta el mérito de las virtudes se tasan, pesan y miden sobre los nuevos patrones de la buena fe. No solamente hemos sido liberados sino honrados; hemos recuperado la confianza en la natural sabiduría de los pueblos y perdido el fetichismo de los hombres providenciales. Los bienes que se ofrecían a todos, como las fuentes públicas, eran agua estancada que aplacaban la sed y producían aftas. ¿Quién puede creer en los ídolos si se ha descubierto la estratagema, en los dioses de barro orificado, en los impostores adorados como próceres, si eran fantoches de una comedia siniestra? Los pueblos conocen ahora a sus maestros, sus guías y sus traidores; conocen también sus propias fuerzas y recursos para trocarlos entre sí y no para venderlos a los estafadores.

Si me detengo en estas reflexiones es porque de esa situación básica se derivan los atropellos e infracciones a los derechos individuales, como lo ha comprobado la Liga Argentina por los Derechos del Hombre en su incesante brega contra los instrumentos de opresión. El ejército y la policía son en todas partes como en la Argentina, los encargados de la vigencia y cumplimiento pacífico de aquella cláusula tácita de la Enmienda Platt que no figura, ni lo necesita, en los tratados ni en las convenciones internacionales. La defensa de la patria en cada nación es equivalente a la defensa del continente por los Estados Unidos.

El aparato escénico de las persecuciones y torturas tiene a este trasluz una escondida finalidad: además de intimidar, la de distraer la atención pública de los problemas fundamentales como el de la enajenación de la soberanía y entrega del patrimonio que así se perpetra sin testigos. La defensa de los derechos humanos y de las garantías individuales forzosamente debe ejercitarse en su primer plano elemental a que lo rebajan las dictaduras policiales. Se defiende la libertad, no contra el derecho injusto, sino contra los guardacárceles, porque el aparato represivo es en todas partes de América tan pavoroso, con sus gabinetes de tortura y sus sargentos expertos en suplicios, que se procura de urgencia recuperar las vidas y mitigar los tormentos. Especie de salvataje en un incendio o un naufragio. Convertido el país en colonia penitenciaria, se piensa únicamente en atajar la avalancha de la barbarie institucionalizada. La táctica de aterrar aquí para robar allá pertenece al nacifascismo resurrecto. Pues si es cierto que los derechos individuales están en la base de todos los derechos sociales, no lo es menos que la privación de ellos, e incluso la atrocidad con que, ante la impavidez de los tribunales, se ataca la vida misma del individuo y la familia, distrajolla atención de otras finalidades que debe cumplir el Estado. El Estado degradó a Hermandad del Santo Oficio y la Justicia descendió a menesteres de comisaría. Como Argentina, y peor, naciones enteras se convirtieron en campos de concentración de las empresas imperialistas. De modo que no puede hablarse ya sino con sarcasmo de los derechos humanos ni usar las vías habilitadas para hacerlos valer.

Fenómeno correlativo a la fascinación pávida que ejercen las dictaduras, perennes o intermitentes en Latinoamérica, está la maquinaria montada en la tramoya para entregar los pueblos intimidados al arbitrio de los señores de plantaciones. Juntamente con otras instituciones venerables transformadas en artefactos de sumisión, la Justicia emergía en el naufragio como un faro de esperanza cuyas luces parpadeantes sirvieron más bien para desorientar. Lo que ocurría en el derecho privado acontecía en el derecho público y en el derecho de gentes. Los tribunales internacionales estaban compuestos, precisamente, por quienes debían ser acusados. Eran tribunales en que los reos usurpaban la función de los jueces. Ahí morían de muerte jurídica los derechos de las naciones débiles cuando se invocaban contra las omnímodas. ¿Quién tenía títulos y autoridad para representar el derecho de una nación, y hasta de un grupo de naciones, y ante qué tribunal, si se estaban debatiendo esos derechos universales tal como los minúsculos en el terreno de las fechorías policiacas? El derecho de las naciones a no ser vejadas y castigadas lo proclamó Cuba ante la Organización de las Naciones Unidas. ¿Alguien pensó siquiera en la posibilidad de que en el recinto de las Naciones Unidas se oyera la misma voz que defendió con acentos bíblicos el derecho a la revolución de una ciudadanía ultrajada, y en el mismo tenor, hablando al mundo como a los jueces federales, y expusiese el derecho social ante el derecho particular del más fuerte? Desde ese día también se pudo distinguir el lenguaje de la franqueza y la lealtad del lenguaje de los diplomáticos, los juristas y los políticos.

En resumen, sabemos cómo pensar en voz alta y cómo hablar; no tenemos miedo y ya los pueblos han asumido legítimamente la función de jueces, legisladores y ejecutores. El lenguaje de las personas decentes es el mismo de las naciones decentes, y no existe una moral chica y una moral grande, una para el ciudadano y otra para el Estado, como pensaban Maquiavelo y Napoleón. Una nación cuyos portavoces mienten con desfachatez defendiendo con cinismo la mentira, es una horda de gitanos regimentada; y una nación pequeña que habla al mundo como se habla entre hermanos, es una república de hombres libres. Ese derecho no pueden invocarlo los gobiernos mercenarios y acomodaticios, pero sí un pueblo que ha sufrido durante quince generaciones la humillación y el castigo; no serán comprendidos por los pueblos que se han beneficiado en una u otra forma del expolio, pero sí por todos los pueblos que conocen los mismos rigores y las mismas inclemencias. Y así también la Revolución Cubana ha delimitado dos categorías de naciones y de gentes. Esta es la fuerza que une a los pueblos en la solidaridad de los sacrificios y en la aspiración a un bien común. Por otra parte, esta es la debilidad de las naciones predatorias cuya aspiración es perpetuar el dominio de una casta privilegiada sobre la inmensa recua de los seres humanos.

Aunque supiéramos todo esto, no teníamos conciencia de ello. No formaba parte de nuestras convicciones, sino simplemente de nuestras ideas rutinarias, el saber que, como en el caso de Cuba que era el nuestro, nos encontrábamos en igualdad de condiciones con el Congo, Egipto, el Irán, en un grupo de colonias; y que con Panamá, Guatemala, Nicaragua, la República Dominicana y Paraguay, y así sucesivamente, integrábamos un grupo de naciones soberanas sin soberanía: correlatos de Puerto Rico sin enmienda y sin estatuto de Estados asociados.

Constituíamos, sin saberlo, provincias de una región colonial que abarca ocho décimas partes del planeta y cuatro quintas de su población. Aunque algunos ciudadanos cultos y adinerados se parecieran a los duques ingleses, los pueblos se parecían a los chandalas y coolies, parias sin tierra en su tierra y tántalos famélicos en el edén de los frutos. No mediamos a nuestras naciones por sus pueblos sino por sus funcionarios metropolitanos, sus guardias de corps y sus amanuenses. Ninguna voz se había alzado en Iberoamérica para exigir vida mejor para naciones enteras, aunque se alzaron muchas para señalar los desmanes más notorios y reclamar los derechos mínimos. Porque se tenía vergüenza de confesar toda la verdad: que éramos pobres e ignorantes y que estábamos desnutridos, alojados en bohíos y jacales. Los mismos defensores de pobres y ausentes que propiciaban mejoras de salario y de trabajo, pedían clemencia más bien que justicia, ignorando la sentencia de Martí, de que los derechos no se piden sino que se imponen. Las reclamaciones se hacían siempre ante las autoridades locales, los jueces pedáneos, digamos e invocando derechos minúsculos a un poco más de jornal y a un poco menos de fatiga; y cuando los delegados iban a las re-

uniones y congresos internacionales, el lenguaje se les tornaba melifluo y perifrásico. En la orquesta que tiene director vitalicio se avenían a ejecutar la partitura "compuesta para el acto". Fue Fidel Castro en calidad de Primer Ministro de una república libre, el primer estadista que mostró la miseria de los pueblos pobres ante el mundo, sus castigos inmerecidos, sus llagas y sus vicios congénitos, descubriendo la superchería de que fueran libres, fuertes y ricos. Llevó la denuncia ante la opinión pública mundial no sofisticada y acusó al verdadero culpable de esos crímenes de lesa humanidad. No sólo exhibió la prueba del porqué de nuestro desarrollo detenido, de nuestro atraso y anquilosis, sino que denunció que existía una organización tenebrosa que seguía explotando a las naciones soberanas como antes se explotaba a las encomiendas; organización decidida a conservar sus posesiones aun a costa de perder el honor de la nación y de la raza. Y así fue que supimos que el gigante se pudría de una enfermedad vergonzosa, que acudía a drogas heroicas y que su estertor amenazaba con aniquilar el planeta.

Contra Cuba se desató la agresión económica y la agresión terrorista, como se echaban los perros amaestrados contra el esclavo prófugo. Los gobernantes de los países hermanos festejaron la raza de los sabuesos; los pueblos sintieron el dolor en sus carnes. Y percibimos entonces que el mantener a los pueblos en un adecuado crepúsculo mental, en una conveniente miopía era, además que un crimen, una indecencia; y el capitalismo financiero fue acusado en su papel clandestino de ramera seductora. Los problemas de economía y de finanzas se metamorfosearon en problemas de moral pública cuando el gigante mostró sus entrañas. Invulnerable a todo ataque con armas y argumentos, vimos que el sistema que en su mole corporal representaba, se desmoronó cuando se dijo en voz alta la verdad. Y todo esto también se lo debemos a Cuba.

Ya no podemos envanecernos de pertenecer a la familia de los opresores, porque sabemos que nuestra familia es la de los desheredados y perseguidos, de los que claman en el desierto: que estamos emparentados histórica, económica y políticamente con las otras naciones que nos habían enseñado a mirar con desdén, con el desdén con que los mucamos miran a los menesterosos. La verdad nos está curando de un viejo mal hereditario de miseria ensoberbecida, la de los hidalgos harapientos. Nos habíamos considerado vástagos de las grandes naciones superdesarrolladas y supercivilizadas, como la Italia de Mussolini, la Alemania de Hitler y el Japón del Mikado; comensales de la mesa opulenta en que se consumían los manjares del progreso y los vinos de la cultura, y en verdad comíamos en el tinelo de la servidumbre, vestidos como los amos con sus ropas usadas, y recibiendo agradecidos las sobras de sus platos. Pues no éramos de la parentela de los dueños de casa sino de la por ellos despreciada ralea de los servidores solícitos. Facilitábamos la compostura y el disfrute en paz de la fiesta.

De súbito se nos presentó clara la verdad de una historia que no figuraba sino como lámina coloreada en los libros de texto: la verdad que desde los primeros pasos de la Conquista, y por la repoblación con esclavos negros y excarcelados para la aventura, éramos nosotros y con nosotros nuestra tierra madre, un territorio extracontinental de Africa, con el indio y el negro por animales de trabajo y de cría; que nuestra suerte era la de los pueblos irredentos y no la de los vencedores. Supimos que teníamos que luchar junto a nuestros hermanos y no en pro de nuestros protectores; que nos habían rapado la cabellera aborigen para quitarnos la fuerza, como a Sansón. Y que no sólo nos desvigorizaron corporalmente, sino que también nos tusaron la inteligencia. Hasta la inteligencia había sido industrializada para la exportación. Los hechos de la historia actual de Cuba son nuevo libro de texto para la juventud. La escuela de civilidad social de Cuba ha enseñado a leer a los que aprendieron en las escuelas la lectura horizontal de izquierda a derecha. En su escuela se aprende a leer en profundidad, y asimismo de derecha a izquierda. La letra no mata ya al espíritu, y los textos de la publicidad informativa y literaria son descifrados a primera vista. Los márgenes de esos libros son el mundo. Hasta los analfabetos saben leer la realidad, y suelen ser perspicaces exégetas. Si ya no pueden engañar, ¿cómo podrán vencer?; si no se les deja robar y embaucar, ¿cómo podrán vivir?; si sólo les quedan los cañones, la intriga, la mentira y la codicia, ¿cómo no han de ser escupidos en vez que temidos?

Redescubrimos otras muchas verdades que habían sido sepultadas en los archivos y en los libros. Por ejemplo: en los mapas y en los cálculos secretos de las regiones del cobre, el estaño, el plátano, el café, el azúcar y el caucho, teníamos coloración y cifras que coincidían con el mapamundi del Departamento de Estado; con la planta de los Estados penitenciarios del sur más que con los Estados puritanos del norte; con el status de los negros y los blancos pobres más que con la Constitución de Virginia. Supimos que para los caballeros de las libertades cívicas, que eran plantadores de tabaco, hacia 1823 ya habíamos sido condenados a labrar las tierras y a laborar las minas como colonias adicionales y territorios de reserva. Se nos aclaró con nueva luz la política que parecía incoherente, y unimos a Monroe con Teodoro Roosevelt, a Polk con Eisenhower, al "garrote gordo" con el "buen vecino". El monstruo de piel metálica en sus proteicas apariencias se iluminó por dentro, y resultó ser un mapa de la piratería y la trata cuyas factorías antiguas ostentan hoy el confort de los bancos y las asesorías letradas, de los hoteles para turistas y de los teatros de ópera. Vimos, en fin, que habíamos sido defraudados; que la soberanía política, la autarquía económica y la paz eran un embuste del que habíamos hecho un credo, una filosofía y una retórica. Descubrimos que entre los panegiristas de la grandeza de las naciones pobres había espías, incautos, seductores y proxenetas, unos de vocación y otros de estipendio, que desviaban nuestras miradas de los platanales, los cafetales, las caucheras, los ingenios y los arrozales donde se trabaja por veinte centavos al día con el agua a la rodilla y bajo un sol de llamas, para mostrarnos los palacios y los espectáculos de los comerciantes de la miseria y la desesperación. Así como desviaban nuestra mirada de los verdaderos problemas del coloniaje para llevarnos al estupor de las cámaras de torturas, así los ayes de dolor de centenas y centenas de millones de desdichados se confundían con el himno coral al progreso y al bienestar. Y vimos por qué se consideran subversivos los intentos de dar efectividad a los preceptos teóricos, y por qué los defensores del pueblo con frecuencia son sus peores enemigos. El hombre que ha roto el ensalmo todavía es negado por los escribas, los fariseos y los centuriones.

Aunque permanezca lo mismo, todo ha cambiado. Desde que las milicias campesinas demostraron que el coraje encendido en la sed de justicia es el arma del triunfo, no se contempla ya a los ejércitos ni a las gendarmerías como salvaguardas de la Ley y el orden, sino como fuerzas motorizadas del capitalismo imperialista. Se los ve en su función y no en su papel, como se ve a los jueces y legisladores de su tipo, disfrazados con sus investiduras. Desde ese momento se comprendió que los derechos humanos no deben ejercitarse contra los guardacárceles sino contra los comandos secretos, sean el Pentágono, la FBI u otro "gang" similar. Desde ese momento percibimos que las leyes que custodian los jueces, la moral que preconizan los actuales misioneros y el patriotismo de fanfarrias y escarapelas son celadas de doble fondo. Sorprendimos a los bandidos transfigurados en héroes y a los héroes verdaderos execrados como bandidos. Y esa nueva conciencia profana e indocta que tiene el hombre de la calle advierte la unidad que se le había desmenuzado en porciones desajustadas. Conciencia más clara significa razonamiento más delicado, lenguaje más veraz y decisión inquebrantable de ser libres.

Hemos aprendido el lenguaje de la sinceridad, sin el cual no pueden plantearse y resolverse los problemas de la vida diaria; hemos recuperado el lenguaje de las gentes que no lo usan para encubrir su pensamiento. Ya no suenan a voces fatuas las jergas de las escribanías, los parlamentos y las cancillerías, de los cenáculos y ateneos; hemos oído decir con palabra valiente y franca que allí donde el ejército castiga al pueblo que pide justicia y honor, ese ejército no es de soldados sino de "unos hombres indignos que convierten el uniforme militar en delantales de carniceros". Después de haber oído la palabra honrada de la dignidad y la verdad, ha caído otra de las fortalezas del dominio por la corrupción.

Este trastorno en la base de un sistema que parecía indestructible aunque carcomido, prodújose porque la revolución no abortó en un motín ni en un "gentlement agreement". De una revolución de veras no teníamos experiencia y apenas idea lejana y desfigurada de lo que pudiera ser. Naturalmente, una revolución que no era un desfile militar ni un arreglo entre caballeros, que por fin arrancaba las raíces soterradas hondamente del colonialismo, tuvo que ser contemplada aun por los que Spengler llama "clubes de socialistas" con perplejidad; y este es el sentimiento que prevalece en los espíritus indecisos ante la consumación de un hecho que era deseado y temido al mismo tiempo. Se esperaba otra revolución casera, entre parientes mal avenidos. No se la deseaba tan profunda que dejara aflorar a la superficie la armazón secreta de un sistema del que se veían únicamente las aberraciones más notables. Pero mayor perplejidad hubo en los que se habían asegurado a perpetuidad el disfrute tranquilo de sus negocios, convencidos de que siempre cualquier cambio sería para su bien. La reacción es, por lo tanto, multiforme y profusa: para los liberales es un exceso peligroso de sus audacias burguesas; para los más heridos es la rabia de que el juego haya sido descubierto, señalada la trampa y divulgada en público la clave para individualizar a los traidores infiltrados en las filas de los hombres de buena fe. Ahora hay que jugar limpio y con las cartas sin marcar a la vista. El camino de la revolución social está expedito después de haberse quebrado sus fortalezas morales, después de haberse entregado a los pueblos el arma de la victoria, que es la solidaridad basada en la justicia y mediante el empleo de sus recursos naturales: la violencia o la desobediencia civil y la resistencia a ultranza a pactar con el enemigo.

La lucha que las entidades republicanas y democráticas libran diaria y penosamente en defensa de los derechos humanos, paradójicamente contra quienes tienen la misión y el deber de respetarlos y hacerlos respetar, ha de dirigirse en adelante, directa y resueltamente, tanto contra los bandidos como contra los instigadores de manos limpias. La jurisprudencia y la ética de esos derechos consta en un documento judicial histórico que se levanta a la altura de la Apología de Sócrates y de la Autodefensa de Shandi: es la defensa acusatoria del líder del Movimiento 26 de Julio, cuando desde su banquillo de acusado se eleva al sitial de los jueces y coloca a éstos en el de los reos de lesa patria. También hemos aprendido que cuando se defienden los principios universales de justicia y de dignidad, el código que se aplica no es el de los juristas sino el de los justos.

La Liga Argentina por los Derechos del Hombre desea vehementemente que la Conferencia Latinoamericana de México halle la forma de unir la voluntad y la acción de los pueblos del continente, para obtener la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz de las naciones hermanas.

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

Copresidente de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre

La Habana, marzo 5 de 1961.

PUNTO DE MIRA

artes plásticas

EL ARTE CUBANO CONTEMPORANEO

por Georges Boudaille

Feliz iniciativa de dos galerías de la margen izquierda la de intentar ofrecernos un panorama del arte cubano contemporáneo. La tarea no era fácil y las distancias son aún un obstáculo para la circulación de las obras, siempre que tales manifestaciones no son oficialmente apadrinadas y financiadas.

¿Es la influencia del local de la Galería del Dragón donde se producen regularmente las manifestaciones de la pintura surrealista, la que hace que la pintura cubana parezca tener un *flirt* con la atmósfera pesada y misteriosa de Dalí y Dada? No, esa no es una impresión, porque aun en la galería Weilex, la presencia de Wilfredo Lam, de Camacho, de Picabia tienen ese tono.

Aunque esta exposición fue organizada en París por Robert Altman, que se encargó de la selección, podemos preguntarnos si es realmente representativa de la pintura cubana. Por casualidad acabo de recibir el catálogo de una exposición organizada por la Casa de las Américas y titulada "Pintura Contemporánea Cubana", que tuvo lugar en septiembre de 1960 en el Museo de Arte Moderno de Sao Paulo después de haber visitado México y Caracas.

¡Nueve artistas son comunes a las dos exposiciones en tanto que el conjunto presentado en París no presenta más que catorce y que algunos residen regularmente en Francia!

En su prefacio Robert Altman se dedica a precisar los factores determinantes de la evolución de los artistas cubanos: la tradición barroca española, los hechos de las luchas políticas y la cadencia de los periodos de opresión y liberación, en fin, la influencia del clima y de la vegetación, notablemente de la manigua que a veces parece invadir ciertos cuadros.

Se encuentran, en efecto, innumerables reminiscencias estéticas y de otros tipos en las obras de los pintores cubanos, pero siempre trasplantadas y poetizadas por un sentimiento feroz y misterioso, terriblemente humano. Es por la naturaleza particular de ese sentido humano que el arte cubano a la vez que se emparenta difiere del surrealismo. Presentá una virulencia extraordinaria, pero esa virulencia nunca es gratuita.

Seguro, la pintura cubana no está libre de ciertos especímenes de formalismo, pero éstos toman con presteza una forma de constructivismo, que apela a la utilización decorativa o arquitectónica, como es el caso de Arcay.

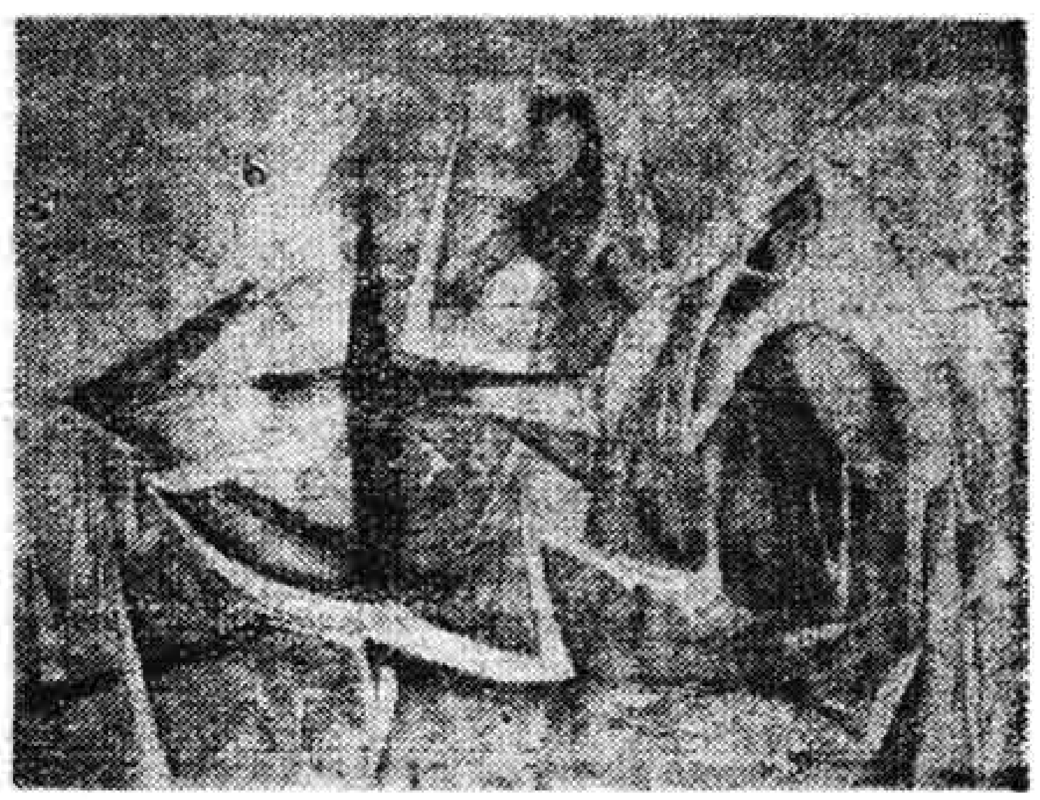
En todo caso, aun en las fronteras de lo informal, las búsquedas de Guido Llinás y de Jorge Pérez Castaño difieren de sus homólogos europeos por un vigor y una pasión contenida.

Las grandes *vedettes* de esas dos exposiciones gemelas son, no Picabia, demasiado afrancesado, sino Lam y su universo belicoso, acerado, dramático. Camacho, poeta que mezcla el sueño y la realidad. Agustín Fernández y sus sugestiones ambiguas. Las proposiciones de Ferrer son parecidas a las de Fernández, pero más racionalizadas, más rígidas en su formulación.

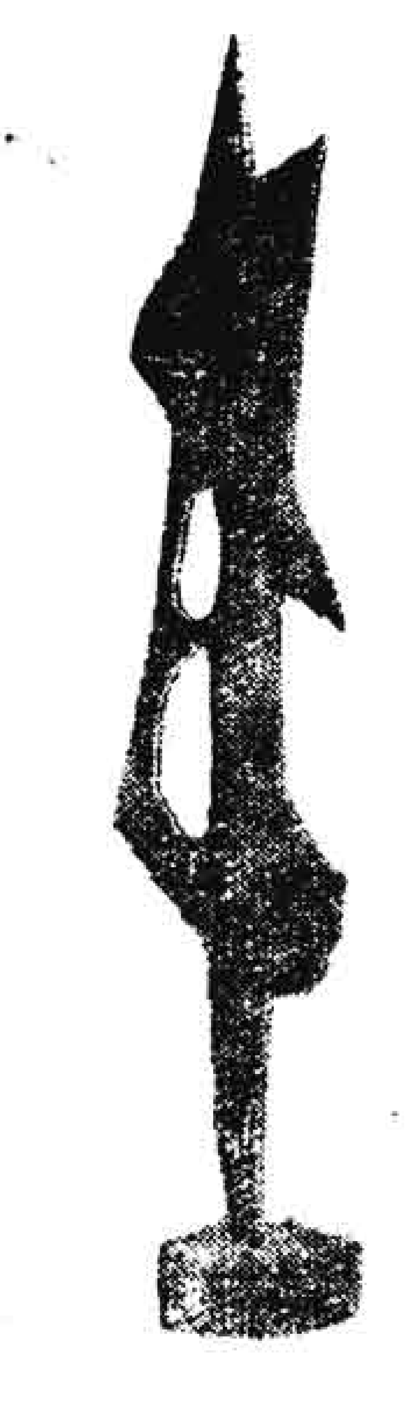
Una confirmación, aquélla del talento de Cárdenas que sabe expresar su sensibilidad moderna con los ritmos tradicionales de Africa.

Un descubrimiento en fin —pero nosotros lo habíamos señalado ya durante su exposición de la Maison de la Pensée Françoise— Yanes que emprende en su pintura la canción de gesta moderna de su país.

Tomado de "Lettres Françaises"



WILFREDO LAM
(Sierra Maestra)



CARDENAS MADERA
(Fundida en bronce)



UNA PELICULA YUGOSLAVA EN EL TRIANON

Edmundo Desnoes

En la plaza de una aldea de Yugoslavia se reunen numerosos campesinos para discutir si continúan labrando el pedregal en que viven o recogen sus bártulos y emigran a una región de tierra negra y fértil. Así comienza **El tren sin horario.**

La II Guerra Mundial acaba de terminar y el gobierno del mariscal Tito está distribuyendo parcelas de tierra productiva entre los campesinos.

Algunos dicen: "Aquí hemos nacido y no nos hemos muerto". Estos deciden quedarse en el pedregal y los otros aceptan trasladarse a colonizar las tierras que el gobierno les ofrece. Las cámaras del director Bulajic (★) siguen al grupo que se traslada en el tren sin horario a la tierra negra de Baraña.

El viaje de los campesinos demora varios días: un viaje con ropas raídas, animales domésticos y muebles destartalados. Ocupan varios vagones del tren. El éxodo incluye niños, jóvenes, viejos, aventureros, escépticos, veteranos de la guerra y hasta Budro los acompaña, el idiota del pueblo.

Es una película frondosa: se enamoran dos adolescentes; surge un triángulo amoroso entre una viuda, un joven aventurero y un veterano cojo; muere una vieja y nace un niño antes de que los campesinos lleguen a su destino.

(★) No estamos seguros de haber anotado correctamente los nombres yugoslavos que incluimos en esta reseña. Los tomamos directamente de la pantalla y no estamos habituados a escribir en la oscuridad.

La película tiene la estructura de una novela. El director Bulajic se preocupa exclusivamente de desarrollar la trama y revelar la personalidad de los campesinos sin detenerse en la fotografía o en las posibilidades puramente cinematográficas del tema. La película tiene una calidad pareja a todo lo largo de sus dos horas aproximadas de duración. Esto la hace un poco monótona. Desde el principio uno sabe que los campesinos tomarán el tren, que durante el viaje ocurrirán conflictos humanos y que al final llegarán a la tierra donde el trigo crece como un mar y las mazorcas de maíz son tres veces más grandes que las que produce el pedregal que dejaron atrás.

Las situaciones que se producen son interesantes, pero nunca logran trascender el interés natural del espectador para entusiasmarlo o conmoverlo.

¿Qué cosas de **El tren sin horario** perduran en el recuerdo? La pobreza del campesino yugoslavo después de la guerra; los campesinos abofeteando a sus mujeres en los momentos dramáticos; los conflictos sociales, económicos y emocionales que son inherentes al hombre en todas las partes del planeta.

Yugoslavia tiene los mismos problemas que todos los países que luchan por la construcción del socialismo. La lucha entre el individualismo y el espíritu de cooperación social. Un campesino que se niega a abandonar su finca exclama: "El socialismo es una cosa, pero lo mío es lo mío".

Hay una escena que resume la lucha entre el pasado y el futuro con una gran fuerza visual: una vieja campesina abandona su casa llevando entre los brazos la cruz de madera que acaba de arrancar de la tumba de su marido: "No quiero dejarlo solo". Lleva consigo a su nuevo hogar el recuerdo de su marido muerto. Esta es una escena genuinamente cinematográfica: las palabras sobran.

La película termina con una nota de optimismo. Al principio vimos la caravana humana abandonando el pedregal. Al final vemos la tierra fértil de Baraña y el trigo que agita la brisa como si fueran olas. Una novia rechaza en medio de la boda al novio que su padre deseaba imponerle. Sale corriendo y se encuentra por el camino con el joven que conoció en el tren y que ama por su propia inclinación y voluntad. Los jóvenes enamorados se abrazan.

Esta escena final delata una película convencional. En realidad **El tren sin horario** satisface sólo parcialmente. Resumiendo: tiene partes entretenidas y nos enseña un mundo desconocido: la vida y la tierra de los campesinos yugoslavos.

La última palabra que vemos en la pantalla es KRAJ (fin en yugoslavo). Cuando nos levantamos descubrimos que el cine Trianón estaba casi desierto. "La película es una porquería", dijo levantándose y estirando los brazos un joven con una camisa deportiva color ladrillo. "No, chico, no. Es una obra de un gran valor artístico", dijo el otro irónicamente, dejando salir a su mujer al pasillo. La mujer lo miró con ojos de sueño y le pidió: "Vamos al Carmelo a tomar algo".

Hay algo estúpido y patético en la situación. La mayoría de las familias burguesas que patrocinaban el cine Trianón se han marchado a Estados Unidos o se niegan a ver películas procedentes de los países socialistas. Los pocos que van al cine van porque son demasiado flojos para tomar una actitud más drástica, pero no entienden nada que no sea la frivolidad de las comedias musicales o las historias de amor en technicolor y con desinfectante del cine norteamericano. Lo lamentable no es que disfruten viendo las películas norteamericanas —Hollywood ha producido numerosas películas de calidad— sino que se encuentren incapacitados para entender las producciones de otros países.

Cuando salimos a la calle vimos que en el parqueo del cine había sólo nueve autos. Durante la dictadura el Trianón estaba lleno todas las noches. Estaba lleno inclusive durante los últimos días en que el pueblo permanecía en las casas solidarizándose con el movimiento de resistencia cívica. Seguían yendo al cine porque les interesaba muy poco el destino de Cuba.

Ahora que les han tocado sus intereses personales, aunque nunca pasarán hambre, se aislan y encierran en sus cómodas residencias.

El hecho de que el cine Trianón estuviese vacío demuestra que la Revolución ha sido profunda, que abarca todos los aspectos de la vida cubana.

Libros

TRINCHERA DE POEMAS

César López

Camisa de mezclilla. Azul, ligeramente pálido sobre el pantalón verde y la boina en el hombro o la cabeza. Botas. Bien armada. Armada tanto de valor como de acero. Toda la artillería, los fusiles, las minas, las granadas, lo supieron. Era la poesía bajo la luz del alba en las trincheras. Así, innegable, los versos recorrían el corazón de los milicianos. Una poesía cargada de tremenda y revolucionaria prisa. No pura, sino bajo consigna, terriblemente comprometida. Poesía para ser dicha y a la vez escuchada. Directamente. Que luego nos sirve de reseñas, de crónicas. Saturadas de su propio mensaje y de la emoción de los hombres que la escucharan por vez primera cuando el peligro era inminente.

Por supuesto que el solo hecho de existir este libro puede asustar a más de uno; y el poeta señala para qué no ha sido hecha su poesía y habla de revistas, de lentejuelas, de hombres que dicen estar solos, de cornucopias, e intocables cabezas, elegidos, viajeros alucinados, buceadores de abisales hoyos, etc. etc.

Consecuentemente habrá muecas superficiales y temblores secretos en el divino parnoso local, pues el hecho de que un poeta, inocente, quien lamentaba y aseguraba sobre la arena la importancia de conocer la lengua persa, ya no habite entre nosotros, no quite que algún otro insista en la búsqueda del objeto pérfido; ¡qué será ese simpático artefacto! los golpes en la cabeza, y la negación del acto de pensar...

Pero allá ellos, que Félix Pita Rodríguez anduvo en las trincheras con sus versos, versos en la amenaza de la guerra, pero no alabanzas bélicas como hiciera Tirteo muchos años antes de Cristo. La aventura poética del cubano es narrativa, de alerta y en definitiva en función de la paz que es necesario conquistar.

Descubre los hechos que trascurren: los nacimientos y las muertes, los crímenes y los traidores. Llama a cada uno por su nombre, sea Franco, Spellman o Mobuto. Se levanta colérico contra las fuerzas opresoras, de él no podría decir Unamuno que no sabe indignarse, pues no es precisamente la ironía su lado fuerte sino por el contrario el ataque directo que lo lleva a alturas humanas considerables.

Reparten su merecido a cada cual y deja el amor para los suyos, para los pueblos, los hombres, las mujeres, los niños, la gran familia del mundo.

F.P.R. ha hecho su poesía y la ha construido comprometida a pesar de la docta y negativa opinión de Sartre en cuanto al compromiso de este género literario.

Naturalmente que la sospecha del francés se hace cálida en este libro en cuanto a la contradicción que significa el trabajar con la palabra en función de objeto poético, por lo cual todo intento de compromiso, aun logrado, se torna paradójico. Si se niega la metafísica esta aparece a cada vuelta de página, como los símbolos, las metáforas y las palabras previamente codificadas...

Pero esto no desdice la obra. El verso permanece lozano e inteligible, directo y conmovido. La poesía se ha salvado por la vía de la comunicación.

Los ecos y relaciones con Nicolás Guillén, Neruda y Maiacoski, son inevitables; cómo no han de estar juntos los poetas del pueblo!

Permanezca el libro en poesía verdadera con la certeza de su autenticidad, lo que no niega la existencia de otro tipo de poema, el hombre es múltiple y pasa por situaciones distintas, de ahí su diferente proyección creadora en cada momento dado.

Pero, nos preguntamos, ¿es posible que en una época como la nuestra la Revolución no se nos meta hasta los tuétanos? ¿Es posible permanecer indiferentes? ¿Es posible no obrar como lo ha hecho Pita Rodríguez?. En eso no hay duda. Y en otros casos tampoco, y como dice el poeta:

"señalad por su nombre a los culpables
que en vuestro nombre están hablando.
No es posible
por más tiempo el silencio.
Todos los pueblos de la tierra
esperan por vosotros."

política

LA CRISIS EN LAOS

Antonio Luanda

La crisis de Laos viene ocupando el primer plano de la actualidad internacional. La situación provocó vivísima alarma pues el imperialismo norteamericano de nuevo amenaza con pasar a la intervención directa. Durante una conferencia de prensa, el ex Presidente Eisenhower declaró que había discutido la cuestión con Kennedy por teléfono y aprobado las disposiciones del nuevo jefe del Ejecutivo.

La participación de los Estados Unidos en el conflicto ha quedado ya ampliamente establecida. Hace varios días "La Voz de Pathet Lao" revelaba que los documentos hallados a un piloto de aviación complicaban igualmente a los regímenes de Formosa y de Tailandia. En una transmisión por radio, el propio piloto declaró que las fuerzas contrarrevolucionarias estaban adiestradas por instructores norteamericanos. Por otra parte, quince helicópteros de la Séptima Flota han sido puestos al servicio del ejército pro-occidental de Phoumi Nosavan. La ayuda norteamericana aumenta constantemente. Hace tiempo que las tropas de Nosavan son abastecidas por la aviación de los Estados Unidos.

Pero Washington no se detiene ahí. El Secretario de Estado Dean Rusk, a su llegada a Bangkok para participar en la Conferencia de Cancilleres de las potencias de la OTASO (Organización del Tratado del Asia Sudoriental), renovó la amenaza de una intervención armada de los Estados Unidos. Todas las tropas de infantería de marina y las unidades aéreas norteamericanas en el Pacífico han sido puestas en estado de alerta. Un portavoz del Ejército en la región ha hecho saber que en menos de 12 horas, 25 divisiones estarían listas para entrar en acción.

Pero los proyectos de intervención de los imperialistas norteamericanos han tropezado con la resistencia de sus principales aliados. El Gobierno francés advirtió a Washington que una intervención militar en Laos podría desencadenar una guerra de consecuencias imprevisibles en la península de Indochina y que era aconsejable actuar "con extrema prudencia". Al declarar su apoyo al régimen de Souvanna Phouma, París no hace más que obedecer a la convicción de que toda intervención provocaría una rápida y demoledora respuesta de la República Popular de China y de la República Popular de Vietnam. Londres, por su parte, se niega a pronunciarse en favor de una intervención militar en Laos. Aunque el Ministro del Sello Privado haya aludido a las responsabilidades adquiridas bajo el tratado de Manila, el Parlamento británico se pronunció resueltamente contra el empleo de tropas británicas en el conflicto.

La oposición de Francia e Inglaterra a los proyectos de Washington ha obligado a Kennedy a recurrir a las transacciones diplomáticas. El máximo representante del imperialismo se entrevistó con Andrei Gromyko, Ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, y con el Premier McMillan. También tuvo que recurrir a los buenos oficios del Premier Jawaharlal Nehru, que respondió favorablemente a esta gestión. India, en su calidad de potencia que preside la Comisión de Supervisión y Control para Laos, de la que también forman parte Polonia y el Canadá, podría pedir a la Comisión que reanude sus trabajos. En opinión general, únicamente una conferencia internacional análoga a la que puso fin a la guerra de Indochina podría aportar una solución definitiva y justa a la crisis.

Washington se ha opuesto a esta iniciativa de paz. Pero los tiempos han cambiado y hoy existe algo con que es preciso contar: la opinión pública de los países del Asia y Africa. En el curso de un reciente viaje por esos países el Príncipe Souvanna Phouma logró despertar vivo interés en la cuestión de Laos, interés que repercutió en los países de Europa y en los propios aliados de los Estados Unidos. Esto permite augurar la victoria definitiva de las fuerzas del gobierno y de las unidades que defienden el Pathet Lao.

IMPERIALI$MO, AQUI Y ALLA GROTESCO

Armando Entralgo G.

I) ¡Qué "Alianza para el progreso" ni qué diablos! ¿Habrá alguien creído semejante embuste, dicho con tan mal gusto, con tan poco arte? "Alianza para el progreso" ... más o menos así se llama el partido gobernante en Singapur. "Alianza para el progreso" podría ser —alguien lo dijo— título para una verbena en los jardines de la Tropical. Aceptado. Pero que "Alianza para el progreso" se autotitule el plan Kennedy de "ayuda" para América Latina, la piojosa que mordisqueó el águila imperial... no, por favor, hasta ahí no aguantamos al sur del Río Bravo —para utilizar el clisé.

John Fitzgerald Kennedy, desde los días veinte de enero al frente de la nave norteamericana, se presentó ante el Congreso y ante la prensa. En ambos sitios, su tema fue el futuro de América Latina (Kennedy no tuvo agallas para confesar que lo que se jugaba era el destino del imperio). El futuro de A.L. para John F. Kennedy depende de la ayuda de EE.UU. (otra vez volvió a equivocarse porque es el futuro del imperio el que depende de A.L.). Magnánimo, ortodoxo en las viejas tradiciones de Mac Kinley, Teddy Roosevelt, Hoover y Eisenhower, Kennedy anunció entre trompetas y algarabía de la diplomacia de los eunucos, su espacial "Alianza para el progreso", un proyecto de 10 años para levantar la economía de los latinoamericanos y contener la amenaza extra—continental. Aplausos para Kennedy, cintillos para el plan, declaraciones de los eunucos, aplausos, a —plau — sos. Miles de ellos para el genio de la economía que huele a Mercier de la Riviere vistiendo un smoking de Lord Keynes.

Esta comedia tan mal representada, como si John Kennedy hubiera recibido lecciones del deplorable Alan Ladd, no ha convencido a nadie. Ni por aquí en el mundo hambriento latinoamericano, que bebe en el manantial de la Revolución Cubana, que ya tiene a los mexicanos virados, a Quadros rebelde, a Velasco crispado, a Clotario encarcelado y derecho, a millones en espera del momento oportuno; ni por allá, en la Europa de Konrad Adenauer, Harold MacMillan y Charles De Gaulle, en la Europa de los "Seis" y los "Siete", y los miles de obreros en huelga. Fracaso total, global; fracaso directamente proporcional al ridículo: ni en su propia tierra han creído a Kennedy en el fantástico plan anunciado que quiere evitar lo inevitable: la separación del mundo latinoamericano y su completa autodeterminación, a espaldas del monstruo.

"Le Monde", que no es periódico de izquierda, ha puesto en tela de juicio el plan de diez años. "Manchester Guardian", en cambio, ha batido palmas aunque sin poder hacer otra cosa que tontear. (Manchester no debe estar muy de acuerdo con su periódico principal, ahora que redobla sus contactos comerciales con la URSS). "El New York Times", el celebérrimo, se mantiene cauteloso. Y eso que la prensa es la prensa. Y eso que la prensa aguanta cualquier cosa.

Grotesco es la palabra-resumen. Silbidos para el presidente católico-demócrata que demuestra esterilidad intelectual en su primera salida al ring. Aunque en justicia, su contrario es tan fuerte, ha pasado un maratón de atropellos tal, que ni con las manos atadas y los ojos vendados podría ser vencido por el cuarentón John Fitzgerald, rojo de whisky y florido en compromisos.

....

II) **"El Presidente Joseph Kasavubu fue objeto esta noche de una recepción triunfal en el aeropuerto de Leopoldville, al regresar de la Conferencia Cumbre congolesa en Tananarivo (Madagascar) que estableció la**

Federación de Estados Congoleses".

Esta noticia del teletipo AP. nos da a conocer el final de la maniobra imperialista en el Congo: la sustitución de la república luchada por Patricio Lumumba, por una confederación de estados suficientemente desmembrados como para propiciar la desenfrenada succión de los recursos naturales. Es como decir en pocas líneas, que el slogan de "Divide y Vencerás" ha cuajado en realidades.

"La entusiasmada muchedumbre rodeó el automóvil descubierto de Kasavubu que como identificación llevaba la letra "P", de Presidente, el cargo que desempeñará en la nueva Federación del Congo". Este párrafo es concomitante de las noticias imperialistas. No hay imperialismo sin revolución. Asimismo, tampoco hay imperialismo sin las poses grotescas. ¿Qué cosa más grotesca que Kasavubu, pequeño, regordete, cari-liso, sudoroso, atontado y protegido por esbirros, viajando engalanado por una letra "P", rotulado como para que no se pierda, señalado como el paquete que se embarca rumbo a otro país, marcado "presidente" como imposición de un amo que duda de sus condiciones intrínsecas de jefe de estado? ¿Un Kasavubu de la raza porcina más codiciada y mejor pagada? ¿Un Kasavubu a la caza de bobos que le crean su presidencia y acaten la confederación?

Altoparlantes: ciudadanos, llegó Kasavubu, el presidente; soldados, llegó el presidente; esclavos, llegó el presidente; Mobutu, llegó el presidente; Ileo, Bolikango, Bomboko, Tshombe, Kalonji, restantes abortos de la madre naturaleza, llegó... el... presidente.

Tramoyistas, utileros, pasahambre, cicerones, contrabandistas, capataces, abates, misioneros de larga biblia, rinocerontes, monos, tigres, leopardos, Leopoldo, Rhodes, Stanley, Livingstone; todos a recibir al presidente del imperialismo. ¡Ha muerto Lumumba, viva Kasavubu!

(Y para terminar, sólo faltaría el famoso sargento que conminado a rendirse por los aliados en sangrienta batalla, sentenció con un breve y tajante MERDE).

AMERICA LATINA: DOS CAMINOS

¿Qué camino elegirá la América Latina? ¿El camino del capitalismo o el del socialismo? **¿El sistema capitalista con la propiedad privada de los medios de producción, basado en la premisa de que el interés del hombre de negocios debe beneficiar los intereses de la nación; de que si se deja a los individuos en libertad para realizar todas las ganancias posibles toda la sociedad mejorará; de que la mejor manera de avanzar es dejar que los capitalistas se enriquezcan todo lo posible en ese avance; y de que los pueblos obtendrán un beneficio como producto secundario de ese enriquecimiento?**

¿O será el sistema socialista con la propiedad pública de los medios de producción y la planificación centralizada, basada en un cambio revolucionario que entrañe la reconstrucción de la sociedad según normas totalmente distintas: en lugar del esfuerzo individual para el beneficio individual, el esfuerzo colectivo para el beneficio colectivo; en lugar de la anárquica producción para el lucro, la producción planificada para el consumo, que dé trabajo permanente para todos y seguridad económica de la cuna a la tumba?

Mi respuesta es que ningún país de la América Latina —insuficientemente desarrollado— podrá dar los pasos necesarios para desarrollarse a menos que elija el camino del socialismo. No basta la independencia política, aunque su importancia sea enorme; deben conseguir también la independencia económica. Y la independencia económica, entendida como la capacidad de controlar su propio superávit económico para poder dedicarlo a inversiones productivas de su capital en el desarrollo económico planificado de toda la nación, exige los profundos cambios sociales que sólo quieren decir dos cosas: revolución y socialismo.

Cuba nos está mostrando el camino. En el *New York Times Magazine* del domingo 4 de diciembre de 1960, el senador Mansfield habló de "Los problemas fundamentales de la América Latina", y propuso lo siguiente como medidas generales a seguir por toda nación de América Latina que aspire a desarrollarse:

1) **Eliminar inmediatamente las deficiencias más escandalosas en materia de alimentación, vivienda y sanidad, de las que sufren decenas de millones de seres humanos.**

2) **Mejorar la agricultura diversificando las cosechas, multiplicando el número de propietarios rurales, extendiendo la superficie cultivada e introduciendo técnicas agrícolas modernas en gran escala con el objeto de aumentar la producción, especialmente de alimentos.**

3) **Crear un complejo industrial y ampliarlo constantemente.**

4) **Eliminar el analfabetismo en pocos años y crear escuelas para adiestrar técnicos y profesionales altamente especializados que sean capaces de prestar todos los servicios de la vida moderna.**

5) **Poner fin al aislamiento relativo de las ciudades de la costa y el interior, y de las zonas del interior entre sí, ampliando grandemente sus sistemas de transporte y comunicaciones.**

Todo eso está muy bien, pero lo interesante es que esta excelente receta para curar los males de la América Latina es una medicina viejísima recetada por médicos muy competentes hace muchos años. Con palabras muy diferentes, que decían lo mismo, esa medicina fue recetada para Cuba por la Foreign Policy Associaton en 1935, por el World Bank en 1950 y por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos en 1956. Pero el enfermo nunca tomó la medicina, hasta que llegó al poder en Cuba un Gobierno Revolucionario.

Ahora, por fin, se están tomando las medidas necesarias para convertir a Cuba de una nación enferma en una nación sana. Lo que el Senador Mansfield y la Foreign Policy Association y el World Bank y el Departamento de Comercio decían que había que hacer, *se está haciendo,* en la Cuba *socialista.* **Pero no se está haciendo en ninguno de los países feudo-capitalistas y coloniales de la América Latina. Ni podrá hacerse en esos países a menos que hagan sus revoluciones socialistas.**

Esta es la lección que tenemos que aprender de Cuba —importantísima y vital lección para el resto de la América Latina. La experiencia cubana prueba, **sin lugar a dudas, que una revolución social es precondición indispensable para que puedan iniciarse el desarrollo económico y el social.**

Cuba, antes de la Revolución, era prueba vivísima de la mala administración, la ineficiencia, el desperdicio, y la explotación impuestos a un país subdesarrollado por el capitalismo de monopolio. La simple supresión del dominio imperialista permitió a la Cuba revolucionaria comenzar a cultivar *inmediatamente* enormes superficies de tierra fértil, abandonadas o mal empleadas por propietarios ausentistas, movilizar de *inmediato* a una capacidad industrial hasta entonces detenida. El haber adoptado una economía de planificación central está permitiendo a Cuba ir más allá y echar los cimientos de una sociedad equilibrada, sana, culta, y eventualmente rica.

Esa es la lección de Cuba para los países insuficientemente desarrollados: en que sin una revolución social no hay posibilidad de hacer mucho más que introducir reformas, en gran parte ineficaces. Las experiencias de la Unión Soviética y de China le habían demostrado antes la lección; ahora Cuba vuelve a demostrarlo. Los países latinoamericanos no habrán aprendido la lección de la lejana Rusia ni de la remota China, pero el ejemplo de la vecina Cuba va a hacerla muy palpable.

Leo Huberman ante los estudiantes del Swarthmore College, Estados Unidos. Diciembre, 1960.

UN HISTORIADOR SOVIETICO NOS OBSERVA

Calixto M. Fernández

"Ediciones del Instituto de Relaciones Internacionales de Moscú" acaba de publicar una monografía del historiador soviético S. Gonioski, que lleva por título *América Latina y los Estados Unidos.* La obra está llamada a llenar las lagunas de la historiografía soviética en lo que se refiere a los problemas de las relaciones contemporáneas entre los países de América Latina y los Estados Unidos. Consta de seis capítulos: La segunda guerra mundial y América Latina (1945-1948); La expansión postbélica de los Estados Unidos en América Latina (1945-1948); De Bogotá a Caracas (1948-1954); La agresión contra Guatemala (1954); La agudización de las contradicciones económicas (1954-1957); Nueva etapa del movimiento de liberación nacional en América Latina.

Gonionski utiliza abundante material de destacados políticos de diversos países referente a la política de Washington en el Hemisferio Occidental, documentos oficiales y datos de la prensa periódica de los países latinoamericanos, de los EE.UU. y de Europa Occidental.

"Las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina durante los últimos veinte años —escribe el autor en el prefacio de la obra— se determinaron por la pretensión del imperialismo norteamericano de establecer su dominación política, económica, militar e ideológica en los países de América Latina. El rasgo característico de ese período es la penetración en gran escala del capital norteamericano. Hoy en día, más de un tercio de las inversiones privadas de Estados Unidos en el extranjero corresponden a América Latina. Los monopolios de los EE.UU. explotan enormes riquezas de Sud américa. Al mismo tiempo, en los tres años últimos se ha hecho absolutamente evidente que la posición política de los Estados Unidos en esa región es poco sólida y a veces incluso vulnerable y que el complejo sistema de las relaciones panamericanas atraviesa por una crisis. En una serie de países los regímenes dictatoriales mantenidos gracias al apoyo abierto del capital monopolista norteamericano, han sido barridos por el gran movimiento de liberación nacional". En el libro se cita un artículo que publicó *"Diario de México"*, el 7 de febrero de 1960, con el título *Revolución en América Latina,* donde se señala justamente que cada país latinoamericano tiene su historia, sus problemas propios y su sistema político, social y económico distinto de los demás. No obstante, todos estos países luchan por su liberación nacional y social. Todos son oprimidos en uno u otro grado, por el capital extranjero y por los grupos oligárquicos, y en todos esos países se fortalecen las fuerzas revolucionarias.

La Revolución que se desarrolla ahora en América Latina tiene por objeto principal obtener la liberación del yugo extranjero, asegurar la soberanía absoluta y el progreso material, social y político. Gonionski llama la atención del lector sobre la justa idea expresada por *"Diario de México"* de que sería erróneo creer que la Revolución solo tiene lugar en Cuba. En todos los países latinoamericanos existen en este momento elementos activos en proceso revolucionario. En el mundo no hay fuerzas capaces de aplastar el movimiento revolucionario en Sudamérica, que se consolida inevitablemente, y que —a pesar de las divergencias en su interior— va convirtiéndose en movimiento monolítico de liberación. El capítulo final del libro dedica varias páginas a la Revolución Cubana. En Cuba, declara Gonionski, la Revolución ha triunfado porque todo su pueblo había emprendido el camino de la lucha contra la reacción nacional y el imperialismo yanqui. El derrocamiento de la tiranía batistiana es, al mismo tiempo, un fracaso del imperialismo norteamericano.

El sexto capítulo esclarece los nuevos fenómenos acontecidos en el Continente Americano en los cuatro últimos años y el ascenso del movimiento nacional

liberador, sin precedentes en esta parte del mundo, que dio al traste con los regímenes dictatoriales en varios países latinoamericanos. Estos fenómenos han conmovido los pilares de la dominación yanqui en América Latina.

El triunfo de las fuerzas populares cubanas sobre la tiranía de Batista es una profunda lección para toda la América Latina. Testimonia que, incluso una pequeña república próxima al coloso imperialista, puede emprender la vía del desarrollo independiente si cuenta con la debida organización y con la unidad del pueblo y sus jefes.

La nueva monografía soviética dedica gran atención al movimiento de las masas populares en algunos países latinoamericanos de 1956 a 1960, y consagra capítulos especiales a la lucha en Panamá, Colombia y Venezuela. Completa la monografía un breve ensayo bibliográfico con indicación de los libros, documentos, guías y artículos más importantes sobre las relaciones interamericanas, publicados en la URSS durante 1939 a 1959.

América Latina y los Estados Unidos ayudará a los lectores interesados en los problemas interamericanos a conocer más a fondo los procesos sociales que operan en estos dramáticos momentos en los países del Continente Americano.

teatro

BALANCE DEL FESTIVAL

Antón Arrufat

El Festival de teatro obrero y campesino, que acaba de terminar la semana pasada, ha dejado un saldo favorable. El público asistió a las once representaciones; aplaudió y censuró, se emocionó y se divirtió. Se calcula una asistencia de mil ochocientas personas por noche. Podemos afirmar que el Teatro Nacional cumplió su propósito y que puede estar satisfecho de su labor. ¿Debemos hablar de la calidad de las obras presentadas? Entre los grupos de aficionados los había que tenían dos o tres meses ensayando... Creo que el Festival tuvo otras virtudes que por el momento, son más apreciables. En rigor, los espectáculos folklóricos fueron superiores al resto del programa, obras dramáticas, coros, danza moderna, coros hablados... *La tumbra francesa, el Cabildo Carabalí*, el *Sucu-Sucu*, estaban ya hechos y no hubo más que traerlos. No obstante, *Orúmbila y la Icú* manifestó calidades de originalidad y vigor que no deben soslayarse. Como folklore fue lo más interesante del Festival, a pesar de su escasa autenticidad como afirmaron los críticos sapientes. *Orúmbila y la Icú*, con sus bellos trajes, sus aciertos coreográficos, sus gestos enérgicos, fue de los espectáculos que más gustaron al público y que más aplaudió, aunque los elementos dramáticos no consiguieron integrarse a la danza del todo. Cuando se comienza a hablar en español, muchos se sorprendieron. Si Miguel Angel Márquez hubiera planteado el asunto dramático desde el principio, *Orúmbila y la Icú*, hubiera sido el mejor espectáculo del Festival, y un verdadero hallazgo dentro de la tradición folklórica. Su importancia radica en que abre un campo inexplorado, rico en posibilidades dramáticas, tentador. No me encuentro, desgraciadamente, en las filas de los que defienden la tradición folklórica pura, sin contaminaciones. Confieso que no me entusiasma esa pureza. Alguien me dijo después de ver *La tumba francesa*, que estaba emocionado solamente al pensar en los cientos de años que se venía haciendo lo mismo, conservándose de padres a hijos, y que muchos de los integrantes eran negros que tenían 95 años. Declaro que estos valores, que esta veneración por el tiempo, no me conmueven. Me parece que con la tradición hay que hacer algo; no conservarla simplemente como el patrimonio de la nación, sino transformarla, enriquecerla, volverla a inventar. Por eso *Orúmbila y la Icú*, que se atrevió a hacerlo, es importante.

El Festival dio a conocer nuevos autores. Recordemos a Videlia Rivero y Rubén Pérez Chávez, autor de "Monte adentro", premiada por el jurado como la mejor obra presentada. "Como lo dijo Fidel" de Videlia Rivero y "Monte adentro" salvaron al Festival de caer —debilidad muy comprensible ante el entusiasmo de los autores por la Revolución— en la fácil proclama política y panfletaria. El resto de las obras presentadas se movían dentro de esquemas superficiales y pueriles. "El bueno y el malo" como definían los niños a los protagonistas de las películas de vaqueros. "Monte adentro" y "Como lo dijo Fidel" son dos piezas en un acto, certeras en su sencillez, bastante bien escritas y resueltas dramáticamente. El Festival ha destacado esos dos nombres a la consideración del público y la crítica.

Al ocuparse del Festival, Calvert Casey observó la integración racial de los actores. "Otro problema, no sólo teatral, sino también social, comienza a apuntar su solución en la escena: el problema del actor negro en el teatro no vernáculo... En el teatro vernáculo había un lugar prefijado para el actor negro, ese lugar estaba previsto en los papeles del negrito (que, irónicamente, era con frecuencia un actor blanco o mulato con el rostro oscurecido por el maquillaje) y la mulata. Fuera de eso el actor negro sólo podía desempeñar los papeles que le reservaban los prejuicios de una sociedad cerrada y semicolonial: el chofer, la criada, el mandadero... El amigo íntimo, la vecina, el amante, el confidente, el villano, el bueno, el canalla, el infiel, el traidor, el médico, la mecanógrafa, ¿es lógico que inevitablemente sean caracterizados por actores blancos en una sociedad donde hay amigos, vecinos, amantes, canallas, médicos y mecanógrafas negros, mulatos, blancos y amarillos?" El Festival, sin embargo, asignó los papeles a los actores que estaban más capacitados para desempeñarlos, fueran blancos o negros. Vimos soldados rebeldes, vecinos, compadres y comadres negros y blancos, indiscriminadamente. Muy lógico en una sociedad que marcha a su integración total.

Decía al principio de esta nota que el Festival había tenido otras virtudes que no consistían precisamente en la calidad de las obras presentadas y su realización. Hubo buenas actuaciones. El jurado destacó: *Los fusiles, La fablilla del secreto mal guardado* y *Como lo dijo Fidel*. La danza estuvo bien representada por el grupo de La Habana y el de Matanzas. La consolidación de la danza entre nosotros ha demostrado la capacidad imaginativa y dramática de nuestro pueblo y su necesidad de hacer algo distinto, de crear de acuerdo con el tiempo en que vivimos. Pero la mayor virtud del Festival consistió en la movilización del público, en el interés que el público demostró por el espectáculo. Una vez más se rompe el viejo mito de que a los cubanos no les interesan los cubanos. La Revolución nos ha vuelto sobre nosotros mismos. Ha roto con el sentimiento de autodenigración al demostrarnos que algo podemos crear, y que algo podemos aportar a la historia. Hemos vuelto a cobrar confianza en nuestras fuerzas creadoras. No somos ya esos "cubanitos asustados" como dijo una vez un extranjero que parecíamos. El cubano tenía miedo de ser lo que era realmente, tenía miedo de hacer el ridículo. No he conocido un pueblo que tema más al ridículo que nuestro pueblo. El choteo era como una solución; el arma para destruir la importancia. Si nada tiene importancia, el ridículo es imposible. Pero como nadie salta más allá de su sombra, hacíamos el ridículo cuando huíamos de los problemas cubanos, de nuestra realidad diaria, de nuestras experiencias, de nuestras posibilidades y nos poníamos a escribir y hablar de la cultura europea o de las máscaras etruscas. El imperialismo nos ayudó a despreciarnos, a huir de nosotros mismos. La explotación se cumple más fácilmente en un pueblo que se cree impotente. Durante años se nos creó una segunda naturaleza. Se nos enseñó que nada podríamos hacer por nosotros mismos. Escuché muchas veces en una bodega la afirmación en boca de cualquier ama de casa: "Yo no compro nada que sea cubano". Por tanto, yo no voy a ver nada cubano, no creo que haya pintura cubana, literatura, ni nada. ¿No es ésta la conclusión de ese pensamiento?

Por eso la asistencia del público al Festival es tan interesante y aleccionadora. El público llenó el Payret noche tras noche, para ver algo cubano, a los campesinos, a los obreros, a los muchachos de provincias hacer teatro de aficionados. El público formó parte activa del espectáculo. Abandonó esa actitud pasiva y estéril, aburrida e indolente del pasado. El "Realengo 18" vino a corroborar la vitalidad creadora del campesinado. Es interesante señalar la agilidad del diálogo, la entonación, la rapidez en que se desarrolla la trama, la gracia de los movimientos en los intérpretes.

Creo recordar que Sartre, cuando estuvo en Cuba, ofreció una solución posible al problema de crear un público, de interesarlo y hacerlo comprender los fenómenos artísticos. Llevar el teatro al pueblo, haciendo que el pueblo entre en el teatro, lo haga, forme parte de él; que el mismo escriba sus obras, las dirija, las interprete, realice los decorados y ponga las luces. Es decir, que el pueblo vuelva a experimentar por su cuenta y riesgo lo que es hacer teatro. ¿No fue así como nació el teatro? La evolución de la sociedad capitalista transformó el teatro en privilegio de la clase rica; lo convirtió en una actividad de lujo. Los teatros se construyeron en los barrios elegantes; devinieron recintos cerrados y costosos. El pueblo se vio reducido a trabajar para mantener esos templos en los cuales no podía entrar.

La acción del Teatro Nacional ha invertido el proceso y ha vuelto a colocar el teatro en manos de la mayoría. Los campesinos y los obreros, liberados por la Revolución de las preocupaciones económicas, los desalojos y la servidumbre, se integrarán dentro del teatro, volverán a crearlo. Los campesinos —el "Realengo 18" es una pálida muestra de lo que pueden hacer— harán al fin su verdadero teatro campesino, diferente y auténtico. El deber del Teatro Nacional es poner en sus manos el instrumento de la cultura, la inquietud artística. El tiempo y la imaginación creadora de los campesinos y los obreros harán el resto.

UNA OPINION QUE NO ES AJENA

Las cosas tienen importancia en sí mismas y también importancia por venir de donde vienen. Esta vez las cosas tienen una doble importancia: estas opiniones vienen desde Nicolás Guillén. No es necesario decir quién es Guillén, ni señalar el real afecto que siente por él el pueblo de Cuba —y dentro del pueblo de Cuba este "Lunes" nuestro de cada lunes—. Nicolás esta vez ha puesto todos los puntos sobre todas las ies en una de las declaraciones sobre cultura más importantes que se han hecho en la Revolución. Es por eso que esta opinión ajena es hoy también una opinión nuestra.

CroNicA

(Tomado del periódico "Hoy")

ROSTROPOVICH, grande entre los grandes violoncelistas de este mundo, ha declarado que hay que dar buena música a nuestros obreros y a nuestros campesinos.

He ahí una afirmación del más puro leninismo.

Y no sólo buena música (añadiremos por nuestra cuenta) sino buena pintura y buen teatro y buena poesía: buen arte, en fin. Lo cual no significa —ni el famoso artista ha querido sugerirlo— que sea siempre lo recién compuesto, lo último que salió del horno revolucionario, como pan caliente. Algunas veces, ello es posible. Otras, no.

—oOo—

Precisamente recordábamos a Lenin, porque él tuvo que enfrentarse en los primeros momentos de la Revolución de Octubre a los extremistas de la cultura, que pedían acabar con el pasado, quemar a Puschkin y destruir a Rafael; hacer tabla rasa del tesoro acumulado en bibliotecas y museos, y reemplazar mecánicamente "lo viejo" con "lo nuevo". Lenin respondió: "Si no nos damos cuenta de que para crear una cultura proletaria tenemos que conocer y utilizar, retocándolos, todos los elementos de la cultura resultante de la evolución anterior de la humanidad, no llegaremos nunca a nada".

En 1924 (año en que murió Lenin) el problema adquirió tales características, que el Partido Bolchevique creyó necesario hacer pública su posición, que era la misma del gran dirigente revolucionario. "Si bien es cierto que para crear una literatura artística destinada a las grandes masas —se decía en la resolución oficial— es preciso romper con las tradiciones que hacen del arte una voluptuosidad reservada a muy pocos elegidos, no lo es menos que hay que luchar también contra "la actitud ligera y despectiva frente a la vieja herencia cultural".

Había que presentar batalla en dos frentes, como dijo Aníbal Ponce: "No sólo contra los energúmenos más o menos pintorescos de la pequeña burguesía, que rechazaban en bloque la tradición artística, sino contra otros sectores surgidos en gran parte del mismo proletariado y para quienes el arte destinado a las grandes masas nada tenía que ver con las rudas disciplinas del estilo..."

Por eso nos parece que un artista revolucionario sólo puede ser útil a la Revolución si comprende que, en definitiva, su creación ha de nutrirse de una herencia de siglos, que él debe asimilar, depurar y ennoblecer. Ello lo pondrá a cubierto de que lo popular sea reemplazado por lo chabacano, y la difícil sencillez de que nos habla el clásico por el facilismo vulgar, vástago del oportunismo político.

Del propio Lenin se cuenta que cierta noche, en Moscú, visitó una exposición de pintura presentada por un grupo de jóvenes. El grande hombre recorrió en silencio el salón y en silencio lo abandonó.

—Camarada Lenin —le preguntó uno de los muchachos a la salida— ¿cómo encuentra usted la exposición?

—Muy mala —fue la respuesta del interpelado.

—¿Mala? ¡Pero si todos nosotros somos revolucionarios!

—No lo dudo —concluyó Lenin—, pero no hay uno solo que sea pintor.

—oOo—

De acuerdo con Rostropovich. Pero a condición de que nunca consideremos suficiente nuestra vigilancia para distinguir dónde lo revolucionario es artístico y dónde no lo es, y para rechazar sin remilgos cuanto traicione el buen gusto, so capa de que es "popular". Esto es indispensable, precisamente porque se trata de manifestaciones dirigidas a las masas.

No, no es cierto (aunque lo dijera Lope de Vega) que el pueblo es necio y hay que hablarle en necio porque eso le gusta y para eso paga. El pueblo es inteligente, es fino, y sabe cuándo se le da gato por liebre, aunque suela echarse el gato al serón si no puede por el momento reclamar la liebre. Pero liebre hay que buscarle siempre, y faisán y todo lo que haya de delicado en el menú del arte.

En ese camino anda el Gobierno cubano. Cuanto hace va enderezado a poner la cultura al alcance mayoritario. Música buena, libros buenos, pintura buena, sin olvidar que ello es consecuencia de un largo proceso universal, del que tomamos aquellos valores permanentes elaborados por el espíritu en el apogeo de una clase social determinada, y de cuantas nos precedieron. Lo que se logre no será ya bien de unos pocos, sino conquista revolucionaria de todos.

Nicolás Guillén

